

Gesto



Revista de literatura, arte y pensamiento

Número 1 | Diciembre de 2023

Gesto

<https://revistagesto.com/>

EDITA

IES José García Nieto
Departamento de Lengua española
y literatura
Calle Camilo José Cela, 24
28232 Las Rozas de Madrid

COLABORA

Ayuntamiento de Las Rozas
Concejalía de Cultura y Educación
Calle Camino del Caño, 2
28231 Las Rozas de Madrid

DIRECCIÓN

Juan Luis Calbarro

CONSEJO EDITORIAL

Natalia Carbajosa
Luis Alberto de Cuenca
Sebastián Gámez Millán
Pilar García Faramín
Olga González Aguilar
Míriam Maeso
Eduardo Moga
María Ángeles Pérez López
Jorge Rodríguez Padrón
Tomás Sánchez Santiago

EMAIL

gestojgn@gmail.com

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Juan Luis Calbarro

IMPRESIÓN

PubliPrint24
Calle Astérix, 67
28521 Rivas-Vaciamadrid

Depósito legal: M-31698-2023
ISSN: 3020-3805



Oscar BLUHM (1867-1912), *Bajo la pérgola*,
óleo sobre tabla, 1892. Colección privada



Máquina de escribir Corona núm. 3. Corona
Typewriter Company, Inc., Groton, NY, 1917.



Gesto considerará los originales no solicitados, pero no se compromete
a publicarlos ni a mantener correspondencia sobre ellos.

Sumario

Saludas p. 5.

Porqué p. 6.

POESÍA

Luis Alberto de CUENCA ≈ *Boecio y la filosofía* p. 11.

Teresa DOMINGO CATALÀ ≈ *Cinco poemas* p. 14.

Alfredo RODRÍGUEZ ≈ *Tres poemas* p. 19.

Julio MARINAS ≈ *Inéditos* p. 22.

Tomás Modesto GALÁN ≈ *Desencanto bandolero* p. 27.

José Ángel BARRUECO ≈ *Dos poemas de El lenguaje de la lluvia* p. 34.

Carmelo GUILLÉN ACOSTA ≈ *Tres poemas* p. 37.

César RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA ≈ *Soneto neto* p. 40.

Antonio GÓMEZ RIBELLES ≈ *Poemas* p. 41.

Rafael-José DÍAZ ≈ *Viaje al centro del whisky* p. 49.

Javier PÉREZ WALIAS ≈ *Santo Estevo* p. 55.

José Luis GÓMEZ TORÉ ≈ *El viajero improbable* p. 57.

Santiago Alfonso LÓPEZ NAVIA ≈ *Valya y Giliel* p. 58.

Regino MATEO ≈ *Poemas inéditos* p. 61.

Concha GARCÍA ≈ *Cuatro inéditos* p. 68.

ENSAYO

Moisés GALINDO ≈ *Edgar Morin y Neil Postman: resistencia y combate* p. 75.

OTRAS PROSAS

Eduardo MOGA ≈ *Ser escritor no es fácil ni romántico* p. 85.

Elías MORO ≈ *64 aforismos* p. 100.

Salvador PERPIÑÁ ≈ *Motivos de asombro* p. 105.

TRADUCCIÓN

Ana BLANDIANA ≈ *Cinco poemas de El ojo del grillo*
(traducción de Viorica PATEA y Natalia CARBAJOSA) p. 121.

Lyn COFFIN ≈ *Poesía americana*
(traducción de Natalia CARBAJOSA) p. 126.

PUNTOS DE VISTA

Toni MONTESINOS ≈ *Una prostituta y una monja frente al poder en Sevilla*

(sobre el libro *La Babilonia, 1580*, de Susana MARTÍN GIJÓN) p. 133.

Arturo TENDERO ≈ *Yayoi Kusama*

(sobre la exposición *Yayoi Kusama: desde 1945 hasta hoy*) p. 137.

Luis Felipe COMENDADOR ≈ *Ernst Toller: otro cero a la izquierda de la izquierda*

(sobre el libro *La destrucción de las máquinas*, de Ernst TOLLER) p. 138.

Carlos GÁMEZ PÉREZ ≈ *Parar en Collserola: una crónica del segundo festival Linternatura*

(sobre *Linternatura. Festival de Literatura de Natura*) p. 139.

Colaboradores del número 1 p. 143.

Saludas

A veces, uno de los aspectos poco atendidos en los institutos de Educación Secundaria es la integración del centro en la vida de su localidad de forma significativa, en sus diversos aspectos: en el cultural, en el deportivo y, por supuesto, en la extensión del académico. El IES José García Nieto tiene tradición de no desatender este asunto: nuestra participación en olimpiadas de diversas materias, premios de debate y literarios, pruebas deportivas y demás agenda civil nos avala. En este momento, las circunstancias nos permiten apostar por un proyecto que, como sucedió en el pasado con otros similares (pienso, por ejemplo, en la benemérita y longeva revista *Cuadernos del Matemático* del IES Matemático Puig Adam y lo que significó y aún significa para Getafe), hará de Las Rozas una referencia necesaria para los amantes de las letras. En el instituto ya tratamos la literatura como materia docente, pero también queremos tratarla como *gesto*: como manera de estar en el mundo, con interés por lo que las palabras tienen de misterio y de revelación. Como parte fundamental de nuestra esencia como seres humanos.

Inauguramos, pues, una revista con un número 1 cargado de literatura de primer nivel. El desafío es mantener esta publicación durante muchos años, tres veces al año: una por trimestre escolar. No nos faltan ni las ganas ni la generosa colaboración del Ayuntamiento de Las Rozas, que –hoy como siempre– nos garantiza su colaboración y una continuidad indispensables para que aventuras de este tipo se consoliden y pasen a formar parte de nuestra identidad cultural.

Todo empieza con un **Gesto**.

Pilar GARCÍA FARAMÍN
Directora del IES José García Nieto

Es un placer para mí presentar estas páginas, las cuales reflejan el firme compromiso del IES José García Nieto de Las Rozas con la excelencia académica, la innovación educativa y la promoción de las disciplinas humanísticas. *Gesto. Revista de literatura, arte y pensamiento* constituye un elocuente testimonio del talento y dedicación tanto de estudiantes como de profesores. Su labor no solo enriquece el ámbito educativo, sino que también fortalece el tejido social y cultural de nuestro municipio, al que esta revista se abre para compartir conocimientos.

En este primer número nos sumergimos en un universo donde cada palabra, poema o ensayo se convierte en un testimonio de la riqueza de nuestro lenguaje. En conjunto, este volumen es un magnífico reflejo de la vitalidad de las artes y las letras que florecen en nuestra comunidad. Que este primer número sirva como prólogo de una extensa y rica colección de voces y reflexiones que seguirán resonando en las páginas de **Gesto** en los años venideros.

José DE LA UZ
Alcalde de Las Rozas de Madrid

Porqué

En los centros de Secundaria y Bachillerato españoles existe alguna tradición de editar revistas de ámbito extraescolar, como actividad de extensión académica: un servicio del centro a su comunidad, con el objetivo de promover la transferencia del conocimiento y la cultura entre los distintos sectores de la sociedad.

Queremos recordar el caso de *Carmen*, una revista literaria sin la que no se podría explicar la Generación del 27: siete números dirigidos en 1927-1928 por Gerardo Diego, a la sazón catedrático del Real Instituto de Jovellanos de Gijón. Pese a que no podamos hablar de edición institucional, bien es cierto que la revista emanó de las aulas del Jovellanos: si el director era catedrático, el secretario fue un alumno, el también poeta Luis Álvarez Piñer, y, además de todos los grandes nombres del 27, publicaron en sus páginas jóvenes poetas locales como el propio Piñer o Basilio Fernández, también alumno de Diego en el Jovellanos. Sin alcanzar las cotas de vanguardia que Gerardo Diego imprimió en su *Carmen*, numerosos institutos han publicado revistas literarias y algunos de ellos han aspirado a integrar la gran literatura en sus páginas.

Quizá el caso más señero y longevo sea el de la revista *Cuadernos del Matemático*, editada nada menos que entre 1988 y 2018 por el IES Matemático Puig Adam de Getafe, por iniciativa del profesor y escritor Ezequías Blanco y su equipo. Los 58 números que llegaron a publicarse acogieron en sus páginas a cientos o miles de poetas, narradores, críticos y traductores de todos los rincones de la geografía española y más allá, incluidos premios nacionales de literatura e incluso algunos premios Nobel, una nómina extensísima y sorprendente por su calidad y su variedad.

Gesto. Revista de literatura, arte y pensamiento pretende seguir sus pasos y llenar el vacío que dejó, esta vez en beneficio de la comunidad educativa del IES José García Nieto y su papel como motor del desarrollo cultural y social del municipio de Las Rozas. Por la composición de su consejo editorial y por sus colaboraciones, este primer número reúne generaciones, procedencias, estilos, corrientes y géneros diversos, ofreciendo un panorama bastante completo de la literatura nacional y algo de la internacional. Nos empeñamos en que la literatura no sea solo una actividad más o menos reconocida, sino también una actitud ante la vida, una forma de estar en el mundo: la poesía como *gesto* intangible, insustituible, necesario.

Juan Luis CALBARRO

Departamento de Lengua española y literatura
IES José García Nieto

Poesía





Luis Alberto de Cuenca hacia 1999, en su despacho de director de la Biblioteca Nacional, frente a la vera efigie de Quevedo.
Foto de Alicia Mariño.

Boecio y la filosofía

Después de una lectura minuciosa
del *De consolatione philosophiae*
de Boecio me da la sensación
de haber vencido el miedo para siempre
(del pánico no hablemos) y, a la vez,
de haber dejado atrás toda esperanza.
Es lo que tiene la Filosofía.
Cuando el hombre, esa «caña pensadora»
según Pascal, se acerca a ella en medio
de la desolación acostumbrada,
pasa lo que pasaba con el vino
en palabras de aquel mordaz portero
del *Macbeth* shakespeareano: que estimula
el fuego del deseo, pero impide
su ejecución. Sobreponerse al miedo
implica un subidón de adrenalina
tal que altera y perturba nuestro espíritu
y, olvidando el sermón de Benarés,
nos catapulta en brazos del deseo.
Luego llega la cruda realidad
a colocarnos en nuestra casilla
y hace que recalemos *velis nolis*
en el reino de la desesperanza
(que tampoco es tan grave si se asume
desde barrera escéptica y estoica
y epicúrea a la vez, tal como hiciera
en sus *Ensayos* el genial Montaigne).

El caso es que Boecio, denunciado
por algún envidioso de conjura
probizantina en contra de su rey,
fue alojado por tiempo indefinido
en una celda oscura de Pavía.
Fue allí donde, ignorante de la suerte
que iba a correr, cercado por la angustia,
chapoteando entre las inmundicias,
recibió la visita inopinada
de la Filosofía con mayúscula.
De la conversación que mantuvieron
ella y él surgirían cinco libros
que transcribió el *magister officiorum*
(que no era poca cosa) de la Corte
del ostrogodo Teodorico en Rávena.
Boecio pinta a la Filosofía
como una dama de ojos penetrantes
y busto generoso, con las ropas
desgarradas por un desaprensivo
carcelero que quiso abusar de ella
y lo que consiguió fue conferirle
una capacidad de seducción
mucho mayor que la que le otorgábamos
antes de hacer su entrada en la mazmorra.
No sabemos qué fue de los fragmentos
de tela que cubrían, estratégicos,
el deseable cuerpo de la dama:
si crecieron en fragmentariedad
o si se mantuvieron impolutos.

Sí sabemos que Dante, muchos siglos
después, se consolaba de la muerte
de Beatrice con el *opus magnum*
escrito por Boecio en una celda
oscura de Pavía, poco antes
de ser decapitado.

Madrid, 6 de agosto de 2023

Cinco poemas

Mi Amado, me susurra el unicornio que me sueña prendida de tus brazos. Tu cuerpo me resbala en los arcones de las imposibilidades, allí donde el uranio resplandece.

Tu cuerpo es mi memoria, el lugar donde me duermo, el lugar donde te sueño, la solidez de aquello que es etéreo y que adormece las aguas del pantano.

Soy la lengua en la que el beso quedó estremecido, el impasse que se quedó solitario y que vagaba por las hermosuras de la tierra, en lo que es sólido y permanente, en lo que se refleja bajo el cielo.

¡Qué luz llegó desde las calas que el mar fortaleció sus olas y las llenó de potencia! Era la energía de unas olas embebidas de tu semen.

La luminaria agigantaba sus telares. Tejían las Moiras el destino, se decantaban por las sombras. De ellas los astros reemprendían el viaje, y se ocultaban entre los dedos de los lirios que supuraban ternura.

Las flores eran delicadas como delicada es la despedida. Tu sangre se quedó conmigo y viniste a recogerla. Me llevaste entre los alabastros y las coronas que el laurel utilizó en tu pelo. Me recogiste cuando el cielo te bajó las nubes. Me follaste en la lluvia, y me quisiste entera y desnuda como un sol que se ocultaba en el misterio.

Mi Amado, ¿ves esas rocas que desertizan el camino? Son de polvo y en polvo se convierten, en hitos rojos, en aniquilaciones terrestres de un despertar entre las sábanas en las horas del crepúsculo.

Despierto en la noche, cuando los pájaros han cesado de cantar, y se oye solamente cómo ululan los búhos, cómo sus ojos se mantienen abiertos entre rosas.

Miro el sucederse de mañanas y las noches que las siguen. Entre tantas horas oscuras hay un robledal que alimenta sus cenizas. Es un mar verde de hojas clandestinas, de ramas que amanecen grises y desnudas, de árboles enhiestos como picos, como cimas sin la nieve.

Tu cuerpo está lleno de mimosas. Resplandece entre mis manos. Se oculta de las peñas, de los ríos, de los mares de oscuridad que se me prenden. Y prendida en ti soy de plata líquida, menesterosa y buena.

En estos azules se me quiebran las lágrimas. Ya no puedo llorarles a las alondras, no puedo rogar por tus esquelas. La carne es un viaje atolondrado a las estrellas.

Desde allí devoro soles. Desde allí la luna me amenaza con salir, con verter más sangre entre mis ingles de mujer, y con su acero soy como un mineral que arde y que consume todas tus ausencias.

Mi Amado, llegó el viento y el escándalo del viento. Se sobrepuso la noche en que incidía. Se destapó la madrugada, se cernió sobre los pájaros. En ella residía el sortilegio que alguien dejó para buscarla, para sumergirse en su negrura, para abalanzarse sobre el fruto que sus ingles nos dejó cuando galopaba en las oscuridades de su seno.

La noche viene como un espectro abandonado. Es una cita fantasmal, un ruego impío. La noche es la madre, la que nos da la leche de su parto, la que se mueve entre los cipreses que custodian a los muertos, y en ese incidir en la vida y en la muerte es como un nacimiento del amor, un acercarse a la ventana que mira la misma oscuridad que me refleja.

Me abandono a la penumbra. El ángel pasa. Deja su rastro con las alas. Se entumece en el mismo volcán que lo libera. Los atajos lo conducen hacia el cielo.

Eres pan de estrellas, el que pongo en mi mesa, el que devoro entre las pastas del dolor, y que enardece mi boca, el hechizo que revive en mi boca, nacida para el beso.

Mi canto se oye en las alturas. Es un cesar de plañir, olvidar las lágrimas, colocar el yeso en las junturas que unen el amor, saborear el sabor que en tus labios tienen las ventiscas, y en tu nieve dormirme dulce, y amanecer en la blancura.

Mi Amado, ¿sientes como amaneció más pronto entre tus dedos? Las horas viven amanecidas y se susurran el pan de la mañana, el que se come con frambuesas y con miel, con limones exprimidos y el azúcar volteando insomne las palabras.

Me dediqué a ver pasar los barcos. Las banderas ondeaban como espectros que han nacido para revivir el día, para suspirar ser carne, y en la hermosura de la carne el cuerpo que aparece embellecido por la piel, por la desnudez de la piel acontecida por el corazón de la misma sombra.

La sombra no puede abandonarse. Debe permanecer en sus atávicas paredes. Enquistarse en sus enaguas. Ser transparente como un rayo a punto de caer, descendiendo y alumbrando todo el cielo.

En la opacidad está su resistencia. Es ese ser oscuro, impenetrable como un bosque onírico donde está la herrumbre, donde se oculta el mal y en su regazo tiemblan lobos invisibles.

Mi amor, tú que desuellas el tiempo, que esparces las rutas más lejanas y conviertes la oscuridad en un instante, dime si hay una nave para mí, para poder adormecerme junto al mar, y que el mar me mezca como una madre santa que turbó su virginidad por mí, por besarme la frente y por llevar mis semillas en su seno.

Me acordé de ti, mi amor, cuando me vencieron las horas, cuando el tiempo se me llevó los girasoles y dejó en mis manos un ramo pequeño de violetas que olvidé prenderme en el cabello.

Te recordé entre el sol de la memoria. Estabas allí, me desnudabas. Me ofrecías el diamante de la noche, esa oscuridad que esconde los ojos ígneos de un ayer que no se olvida.

Mi Amado, te llevaste el oro. Lo recogiste de mi piel que te adoraba, que imprimía sus pesares en las hojas caídas y caducas que anulaban la tristeza.

La remembranza se tiñe de rojo con la sangre. Y amarillea cuando el cauce de la arteria es baldío y ya no hay más agua que sacar de la costumbre.

Es en la arena de estas tardes que te amo, en esta aridez invernal que alumbra la escalera inferior que lleva al fuego, que lleva a las brasas de ese fuego y que consume todas las iluminaciones.

Iré al inframundo. Allí estará Hades con Perséfone. Ella se irá pronto para embellecer la tierra con las flores.

Me quedaré en la barca y flotaré sin que me toquen las aguas del Leteo. El dios vendrá y me bendecirá con su halo, con sus flechas, y me adormeceré en las manos de la Estigia y durante mil años amaneceré en tu pecho.

ALFREDO RODRÍGUEZ

Tres poemas

DE RERUM NATURA

NO vacilases, nunca fuera tuya
Demasiado mundana esa costumbre
Ni que cualquier elección o rechazo
Pudiera cambiar un día tu suerte

Ojalá que te hubiesen concedido
Sirenas de oro por tu solaz

Y el placer siempre como un bien primero
Con tan viejos conjuros proteger y sanar

No habría necesidad de simientes
Ni huellas del fasto en que te envolvían
Solo poder aparecer tan puro
Y no dañar jamás ni ser dañado

CALÍOPE

Musa intrigante ya no eres mi madre
Nada sabes de mí ni me abres ya siquiera
A vana trascendencia
Ya que solo obtendrías
Vaga respuesta aislada por misterio
Donde pudiese perder la salud

Que siempre tuve el alma vagabunda
Las quillas de las naves son mi hogar
Sabes que amo el desierto
Su tierra resquebrajada y sin vida
Por donde los castillos dibujaron fronteras

Hasta el viejo laúd de la armonía
Cesaría de tañer por mis versos
Habrías de poner en pie columnas
Si algún día tenerme más allá de la muerte

MELPÓMENE

*Mil años en tu presencia
es como el día de ayer que pasó*

Salmo 89

LA que recibe los dones del alma
Azucena de los ángeles, madre
Ungüento de mil perfumes y aceites

La que en agua deslía los colores
Y en campos abundantes a su antigua venida
Derruye mis murallas
Mis legiones de Varo

Aquella que consigue con diversa fortuna
La verdad en el Arte
La primera manera del poeta
Su panoplia de honor

Si acaso me faltaran
Los silos para almacenar su grano
Qué escarnio más severo nunca toleraría
Y así sentar las trazas

GALEOTE

Son doradas las aguas que abrazan mis grilletes,
centellean sedosos hilos vidriados, mecen
mis pies sanguinolentos, expurgan su gangrena,
devanan placidez y alivio por el óxido
penado. No me asalta el pánico de miembros
desgarrados. No afligen remolinos de astillas
mi piel abandonada. Inmóvil permanezco,
contemplando sereno este voraz tumulto,
estos pozos del ponto que nos van engullendo,
porque sé que sirenas vienen a recogerme
y a curarme las llagas con sus cabellos de oro.
Acostado en un lecho de espuma donde, al fin,
descanse el sueño cierto, me susurrará el canto
de sus labios de nácar en qué profundidades
el misterio se ahoga.

* «Galeote» formará parte de la ampliación de *Meditaciones tras el combate*, y «Obediente» de la de *Criaturas de sexo*; ambos poemarios aparecieron en su primera versión en *Poesía incompleta (1994-2013)* en 2013. «La sierpe» y «La aflicción del vampiro» pertenecen al inédito *Los élitros del mal*.

LA SIERPE

*Cuadro *Madonna con el niño y Santa Ana*
o *Madonna de los Palafreneros*, de Caravaggio*

Mi ardid es existir para que vuestros pies
inmaculados huellen mis múltiples cabezas,
para que se mancillen de mí mismo. Arrancad
mi lengua, reventad mis ojos, inculcad
el odio y salpicad su sangre emponzoñada
entre vuestras progenies. Así os revelaré
que él también alimenta la mentira. El eterno
es quien siempre os conmina a destruir a su antojo
si mi boca ha mordido. Nuestro creador desea
que yo nunca renuncie a escupir confusión
y terror. Le conviene esta rivalidad
que os mantiene ocupados en victorias terrenas.
Le divierte el juego de excitar al averno.
Y ahora juzgad, pobres estúpidos, si no
es más interesada y abyecta su omnisciencia.
En sus planes jamás contempló redención.

LA AFLICCIÓN DEL VAMPIRO

Soy estirpe engendrada por la dulce tiniebla.
Su acechanza adiestró mis virtuosos colmillos
que fueron afinando los estragos causados
en cuellos palpitantes por esa hirviente ansia
que violenta al neófito. He adorado el perfume
de todas vuestras sangres y durante centurias
las he saboreado con selectos mordiscos
y precisos forámenes. Ha surcado mi lengua
vastos pontos de plasma. Conozco lo mortal
más de lo que cualquiera de esos Supremos haya
pretendido afirmar. Nunca fue sometida
mi sed ante sus símbolos. Soy yo el único dueño
de las vidas que os vivo, de las muertes que os dono.
Yo sojuzgo al desdén que el tiempo os va escupiendo.
Se humilla bajo el vuelo de mis monarcas alas.
Los incautos que osaron decapitar mi incógnito
reposo y los astutos que urdieron estacar,
con afilado espino, mi corazón, han sido
cruelmente devorados. Inútil necio arrojo
que sufrió el paroxismo de un atroz conticinio
y presencié el horror de la malignidad.
Entes que vagarán abismos sin retorno.
Otros reverenciáis mi singularidad
y me invitáis, solícitos, a entrar en vuestras casas
suplicando lasciva conversión, poseer
el incontrolable hado, la eterna hegemonía.

Sin embargo, maldito estoy cual rata infecta.
El que cruza su nadie por los espejos, yo,
al que nombráis no muerto, se consume de envidia.
Os concedí la bestia que profana los límites,
el elixir orgiástico para que no marchite
la carne, mi grial con el que os alimento.
Soy todopoderoso, pero no he conquistado
la luz. Tras las penumbras la espío con anhelo
y me excita su juego de caricias desnudas
en la piel entregada. Cópula de la vida
en la vida. La luz es vuestra sangre. Es vuestra
alma la luz. Y yo no la siento al beberos.
A veces, un instante, le ofrezco mi agitado
pecho a su mordedura y me incendia su inmenso
vigor. Pido su esencia, en cambio, me rechaza.
Me arrinconó sabiendo que no culminaré
el beso de la luz, a no ser inmolando
la muerte que me vive.

OBEDIENTE

En tu genuflexión sumisa sangran
tus posesas rodillas, se perturban
los ojos, la liturgia de las manos
palpita y un rosario de agitadas
bocas ruega al hisopo la bendita
abundancia del gozo que alimenta
y vivifica el alma. Pero no es
tu postrado fervor la servidumbre
del acólito, soy yo esclavo ciego
y fiel de tu obediencia lujuriosa.

Desencanto bandolero

FICCIÓN DE DESPEDIDA DEL COVID 19

RECIBIMIENTO APOTEÓSICO DE LAS NUEVAS OLEADAS

Amigos, el virus de la posmodernidad nos ha despojado del inefable ritmo de la dicha. No hay rima para celebrar esta hecatombe. Las imágenes artísticas ya están en pública subasta. Los egos se desgarran al salir de una ambulancia con una ortografía hipotecaria o una pluma imaginaria. El salón del reino neoliberal solo se arriesga a maquillar a los culpables de vivir. Llegamos a tiempo al carnaval de una economía sin tambora.

Este poema no tiene sabor amoral. Su olor viene de una antigua *Cosa Nostra*. Órale, cuate, desmiente esta piel mundana. Te lo dije, hija. Sus tentáculos se afirman en los verbos copulativos de la dulce desconfianza. Hay otro vértigo en las tinieblas democráticas. Ya no repitas esa canción piadosa. Escribo este secreto letargo por debajo de tu horizontalidad. Ponte los tacones lejanos de la desnudez. Hay suficiente mar para flotar sobre un consenso.

Nos venció la salsa insoportable de la soledad. Los imperialismos sufren de libertinaje cultural. Le quitaron el poema del fogón a los pobres. Este virus circula sin censura. Alborota la cintura del pudor. Luego lo convirtió en la mercancía de la felicidad. Nos volvimos mercenarios de esta orgía. Maquillamos la incertidumbre con humor electrónico. Somos adictos a las enfermedades venéreas de la utopía del placer. Su crueldad indulta los restos de la inocencia militar. Un terror desechable impera entre los escombros de la falsedad.

Acércate más y bésame así. Así, pero mucho más. Despolitiza el poema de su arrogancia sensual. Mejor canta en un tono íntimo. *Pelo negro, piel morena que me llevas a desesperar.* Lanza el dado con los ojos cerrados. Juégate tu pequeña muerte. Ya no se fuma mientras hacemos el amor. No podemos abortar una Orquídea. Solo podemos ver televisión. Textéale a una sombra extraordinaria. Fulmina el altar con tus metáforas impotentes. Siéntate sobre la pólvora de este surrealismo tóxico. No se predica en los salones infectados de castidad política o soledad académica.

Enciérrate en los laboratorios de la infamia. El poeta, Vicente Huidobro, mantiene su perfil bajo. Su silencio sigue teniendo vigencia mítica. El cementerio electrónico ya protege la lucidez de sus imágenes.

Tócale el clítoris a la realidad y no morirás en este triste infierno. Pon la alarma fugaz de una hora absurda. Qué soberbia es la hora de partir. No importa si eres la Afrodita de una bandera colonial. Mientras moría de tu ausencia, leía poesía en una isla llena de poetas malditos. Solo faltaba la pipa de Baudelaire. Todos leían para sí mismos. Yo era el rey ambiguo de la vanidad discursiva. Acariciaba tus tobillos. Éramos zombis de un planeta que despreciaba la paz de los pájaros. Plantaba bombas de racimo para celebrar la infancia.

Mi niñera no era mestiza y no olía a recino. Era la cenicienta de otro mar sin tortugas. Saint John Perse, no teníamos suficiente convocatoria para entretener a los descendientes del sollozo. Ay mi Dios, derrite el témpano de esta agonía. Mi teoría del dolor puede ser narcoliberal. Intentó desalojar de su estrellato, el virus que luchaba para despojarnos de la antigua ausencia.

La identidad del ombligo se lee al revés. Qué vanidoso es ser alguien. Sentirse mercenario de la soledad. Es una guerra absurda. Lo busco con toda la paciencia del mundo, pero el espía escapa hacia órganos desechables. Masturba la esperanza, a discreción del nuevo homo erecto. Hasta ella es atómica.

Unas horas en la sala de emergencia, me bastó como prueba de impotencia sensual. En medio de la matanza, solo yo creía tener una promesa de morir sin tener que escribir un epitafio hipócrita. La condición humana de la derrota era rastrera.

5 días discretos, posición anónima, 8 caricias diarias, un laboratorio estricto cada 12 horas de gritería sensual. El capital de un romance insoportable, propone una tregua. No sé cómo desalojar el camino de las sagradas escrituras del cuerpo. Por suerte, la mía desconfía de ser clásica.

Con Homero es suficiente. Su mitología solo ha sido la premonición de otro exterminio de juguete. Lo siento. Ya no hay arte en el acto de morir. Le falta escenografía al monopolio de la miseria. La dialéctica del inconsciente colectivo sufre de insuficiente vanidad. Los tambores del dolor flotan como salvavidas inútiles sobre el perfume funeral de un turismo sofocante.

Yo solo deseo un acuerdo de paz donde haya transparencia en la ternura. Una muerte justa sería lo más saludable para un mundo que teme despertar con un poema que se atreva a recordar un romance razonable. Descosifica la suerte de un orgasmo. Te dedico esta prosa porque ni siquiera confiamos en la inteligencia artificial. Solo se refugia en el cementerio de las camas de agua. Afortunadamente, hay una mujer desnuda. Es la única observadora digital de esta tragedia.

RECITAL EN GOVERNORS ISLAND

10 de septiembre del 2022

1

La poesía erótica cruza el puente Brooklyn. Los poetas convocados asaltaron los trenes de la tarde para hacerse un *selfie*. Se abrieron paso por delante y por detrás para abordar los autobuses de los 5 condados. Hay un caso excepcional: Los poetas ninfómanos abandonaron la blancura de las tizas y saludaron los borradores del deseo para celebrar su amor por el toro del capitalismo imperial. Entonces los caballos de paso fino se detienen en Bowling Green. Para tocar el metal frío de los testículos de la bestia, solo se paga un diezmo entre los viajeros del verano.

2

Este recital ya ha sido pagado a crédito, solo para aguardar por una muchedumbre deseosa de salvar la soledad del amor en las aceras. Los burros de quinielas exhiben un poema anónimo. Hay discreción entre los vendedores de la estatua de la libertad. Los barcos imaginarios arriban, mientras yo siento el deseo de creer que todavía somos libres. Déjame preguntar por tu ausencia. Al barco suben turistas, pájaros y *dreamers*, enfermeras celosas, y dolientes cansados de los velorios. Algunos sienten miedo de aquellos que no pueden hacer el amor en la isla donde la socialización del poema es una victoria pírrica.

3

Hay demasiados testigos. Leemos un poema para olvidar 3 años gratuitos de crematorios fálicos. Dados los temores de las funerarias y la moral suicida de los esclavos, solo se puede leer un poema para olvidar las ruinas donde todavía se vende un concierto de mitología heroica.

4

Ayunamos con metáforas que no se leen en los *ferries*. Solo sentimos el sol de las piedras que nos seducen a lo lejos. No las tocamos lo suficiente, por temor a un orgasmo. Todo entonces era cómo una isla llena de fantasmas. Ya no estoy en Turquía y no he podido pensar en Cleopatra ni en el gran Julio César. El agua transcurre como el río de la dialéctica. No podemos encontrar las huellas de sus pasos hacia las aguas que circulan sin poder olvidar los gatos realengos exiliados bajo una memoria que no nos concierne.

UN POEMA PARA LOS PLATEROS Y OTRO PARA JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

No hay penas
No hay temores
No hay quejas
No hay ladridos
Solo hay flores
La teoría del amor
no arriba puntualmente
La del dolor tampoco
Estos segundos no saben del adiós
No conozco todas tus cicatrices
No he examinado tus últimas
lágrimas con desinterés hipócrita
No hay una teoría sobre el sollozo
tropical del reloj cómico del progreso
Solo sirve para abrazar espejismos
Ahora lloramos sobre la nieve
Cuando nos abandona Dios
buscamos ángeles negros
para descubrir otro camino
No hay suficiente temor
para bendecir la felicidad
El follaje lapidario de este grito
no sabe seducir la esperanza
sálvame de conquistar tus caricias
Lee la ternura de esta amenaza

Reescribe los improprios
de esta caminata sin GPS
por las venas desiertas de urbanidad
Ponme la máscara antes de leer tus manos
Muéstrame el lunar de la distancia
Ábrelas como una muestra digital
y entonces baila con Los Plateros
No los confundas con el burrito
romántico de Juan Ramón Jiménez,
el poeta no llegó a oír a esos Plateros negros
Estos ángeles entraban por la puerta trasera
aunque cantaran sobre el mismo escenario.
Estos Plateros no se leían en la escuela
primaria como aquel *Platero y yo*
de la nostalgia de mi primer *daycare*
No eran tan pequeños, ni peludos ni suaves.
Solo existían en la ambigüedad
de un aplauso en blanco y negro.
Mírame, no he podido atravesar
la infancia del cristal de la añoranza
Alguien dispara para celebrar tu ausencia
Todavía Dios lo ignora, no llegamos
al Skate Board ni a la patineta de siglo XXI
Hay un tal vez que no se ha dejado
maquillar por la emoción.

Dos poemas de *El lenguaje de la lluvia*

MENTIRA

nunca es fácil
adentrarse en los lugares
donde duermen los muertos

duermen, o no viven,
o lo que sea, y sin embargo
uno creería que observan
a quien camina
entre las tumbas

poder visitarlos
es un privilegio
aunque avive
ese sofoco mudo
en el que desemboca
el respeto a lo fúnebre

ya lo escribió Bernhard
con esa precisión quirúrgica
que iluminaba su lectura:

*todo el mundo quiere vivir,
nadie estar muerto,
todo lo demás es mentira.*

NO ES PENNYWISE

3 de la madrugada
el más pequeño
de nuestros dos hijos
(a punto de cumplir 5 años)
llega corriendo a
nuestra cama
y me despierta

*tengo mucho miedo
me perseguía un payaso
con la cara verde
y estaba loco
viene de las alcantarillas*

al final soy yo quien se aterroriza
porque dos días atrás murió
el poeta de San Andrés de los Tacones,
y en la nebulosa del sueño
creo que el payaso podría ser
la enfermedad, que ahora
viene a buscarme a mí

*¿has luchado contra él?,
me pregunta a la mañana siguiente*

no, pero le he dicho que se vaya.
ya no volverá a molestarte,
respondo

eres mi héroe, papá,
exclama y me abraza

y eso, ese abrazo,
me supone ya
el combustible vital
para encarar la jornada
y combatir, yo también,
a los monstruos.

Tres poemas^x

DE AMIGOS ANDO BIEN

De amigos ando bien y me gusta enseñarlos
en álbumes de fotos y hacerlos coincidir
y que se den sus números de teléfono, que tengan
entre ellos un trato. De amigos ando bien
y hacen lo que quieren de mí, sin consultármelo,
que vienen a mi vida y me cogen el peine,
y se peinan, y me ponen los versos perdidos
de afecto, y se resbalan en este corazón
que es su casa. De amigos ando bien, si no yo
de qué iba a dármelas, de qué, si ellos suelen
mostrarme a las visitas y hacerme coincidir
con sus otros amigos, y andan ocupados en mí,
en si me peino, en si estoy o no cómodo, si salgo
en mangas de cariño o si llevo o no el cuello
rozado de quererles. De amigos ando bien
y me noto importante, tal vez algo más gordo
de ser feliz, por eso me quedan las camisas
estrechas y me sale un brillo en la mirada
solo porque de amigos ando bien, si no vedme
sentado a dos asientos o intentando alcanzarles
la luna, que me son leales y culpables
de todo: de peinarme así, como más guapo,
y perderme en mis versos e irme de teléfonos
y fotos y visitas y dármelas de qué;
no sé, culpables, ellos, mis amigos. ¡En serio!

* «De amigos ando bien» y «Mira afanoso el mundo» pertenecen respectivamente a los poemarios *Humanidades* y *En estado de gracia*. «Sentir como los ríos» es inédito.

MIRA AFANOSO EL MUNDO

Mira afanoso el mundo. Trabájalo al igual
que esa salamanquesa, ésa que ves ahí
entregada a la caza de insectos, a la brega
de encontrar un reguero de luz al que aferrarse.
Repara, como ella, a base de osadía,
en mostrarte al acecho de lo que se te ofrece
como ocasión propicia de asir la inmediatez.
Estate para ello en vigilancia extrema,
sin aflojar esfuerzo, cada día comenzando,
dispuesto a no dejarte llevar por la desgana.
Prolonga tus pupilas y, en posición paciente,
sujeto por tus dedos a modo de ventosas,
aférrate a la vida, que es ése tu horizonte.
Así, sin apartarte un punto de tu fin,
en plena efervescencia de la gracia en tu alma,
mantén, como los santos, la convicción profunda
de que nada podrá apagarte la sed
de plenitud que tienes. Con todo a tu favor,
conseguirás sin duda dar a la caza alcance.

SENTIR COMO LOS RÍOS

(ALDO LEOPOLD)

Sentir como los ríos, inclinados a verse
sorteando los límites que le impiden el paso;
como los nubarrones, apagados y espesos,
en plena temporada de precipitaciones;
como las afluencias de cigüeñas, que anidan
en los postes de luz, muy cerca de mi casa;
como las floraciones de geranios, begonias,
azaleas, petunias, que pueblan mi jardín
y que, antes, mi madre plantó ante mi mirada,
me hacen ver la vida en plena comunión
con cuanto me rodea, y siento como un río,
como un nubarrón, como una cigüeña,
como la planta aquella que luce azul, morada
o blanca, o rosa, siento que soy en cada una
ese espacio común donde todo converge;
y huelo, toco, escucho, palpo la inmensidad
de la naturaleza como si la hermosura
se contuviera solo en el abrazo mutuo
con que me sé uno más, integrado en mi entorno,
uno más, rodeado de amor por todas partes.

Soneto neto

(ECOGRAFÍA)

Antes de verme en el aprieto prieto
En que nos pone la macabra cabra,
Quisiera ver si mi palabra labra
Con pulcritud este soneto neto.

Si con soltura se me arrima rima
Yo la trabajo con esmero mero,
Y, procurando ser sincero cero,
Otro cuarteto tengo encima cima.

Cierto que no es más que otro juego ego
Con que, pasando un poco el rato, ato
Esta mañana desabrida brida.

En un momento de sosiego siego
Y ya el soneto yo remato mato
Al tiempo que se va la vida ida.

Poemas

MELANCOLÍA DE ODISEO

*Solo donde todo es vacío, desolación
o puro silencio triunfa el eco.*

Agustín FERNÁNDEZ MALLO

Nos dijeron muchas veces que la orilla no existe,
que el tiempo y los vientos mueven las líneas del agua.
Los límites son inestables en la arena donde baten
las olas que llegan ya sin fuerza
donde rompen sin apenas mojarte los zapatos.

Desapareció la roca comida por el mar
y amaneció una playa donde suena en la fricción
de arena y agua el campo expandido de la historia,
dentro y fuera del ruido necesario que le da nombre
y que ahora, mirando, se guarda en el silencio.

Pero ese no era el mar vinoso de Odiseo.
Él lo sabía, sentado en la playa sin que sus ojos se secasen,
llorando por su regreso a un lugar más allá de las olas,
más allá del ponto, la vida navegando sobre las aguas
y el final de todo mucho más lejos de lo visible.

Los acontecimientos vienen sobre esas crestas
y su romper extraño, sobre la blanca espuma y el ruido;
en el hueco entre ellos habita el olvido,
la melancolía de Odiseo, o bien la demora

en la que habita el eco o la desolación del silencio.
Que sea más importante la espera que lo que suceda,
intentar definir el paso del tiempo por latidos,
que sea mejor el hueco, donde todo es visible e intocable;
antes el placer de mirar que el intento de comprender
un mar que solo responde con su enigma.

MUDANZA

(En junio de 1975 un gran incendio en Las Peñas de Riglos destruyó 639 hectáreas de bosque. El humo se veía desde muchos kilómetros de distancia.)

Yo me acuerdo de cosas perdidas.

Ron PADGET

Nombrar las cosas correctamente
era ese día lo importante
pero no lo único,
también lo era ver arder en la pantalla
todo aquello que era tuyo,
el gran incendio en la televisión,
y recordar cuando quemabas
barcos de papel en el lavabo
uno tras otro, ardiendo en el agua,
escondiendo luego
las cenizas.

Aquel día dormimos en una casa vacía,
entre cajas con nombres bien escritos,
en cada una los objetos y el lugar que les corresponde.
Solo quedaron sábanas por recoger.
Todo aquello salió por las ventanas.
Y entonces, donde estaba ya el vacío,
oímos al fin el eco de la casa.

El coche pasa cerca del humo
y lo deja atrás.
No lo volverás a ver.
Yo me acuerdo de cosas perdidas.

*Our first home has forgotten us.
 I saw when I drove past it
 How slight our lives had been
 To have left not a trace. When we first moved
 in there
 I looked for omens.*

*[Nuestro primer hogar nos ha olvidado.
 Cuando un día pasé por delante conduciendo,
 vi lo insignificantes que habían sido nuestras vidas
 al no dejar ningún rastro. Cuando allí nos mudamos
 por primera vez
 busqué presagios].*

Ted HUGHES

El mundo desde el coche parecía
 ir pasando por las ventanillas
 respondiendo a mi dedo que dibuja
 la ruta sobre un pequeño mapa
 de carreteras.
 A menudo el paisaje zumbaba.
 San Martín, Báguena, Burbáguena, ...
 Paramos a comer junto a una casa
 a un lado de la carretera, una sombra
 abandonada como el perro cojo que se acerca
 muerto de hambre, sucio de soledad, suplicante
 no lo toques, no lo llares, no le des nada

no te dejará en paz, para qué
darle solo algo de pan insuficiente.

Pobre perro cojo
qué haces aquí, se fueron
todos te han abandonado.

Una casa en medio de casi nada
y en la puerta un aviso escrito para ti
con líneas de cal para blanquear
las paredes o los troncos de los árboles
que ya solo sirvió para avisarte:

Ya no estamos aquí. Nos fuimos
a Barcelona, a Zaragoza, no sé.

Tampoco recuerdo tu nombre, si es que lo supe.

Las ventanas cerradas siempre invitan
a mirar dentro, con ese leve rumor
de ver algo, de que alguien te mire,
Las cosas siguen ahí, imaginas. No las veo, pero lo sé.
¿Dejan acaso las cosas de estar
cuando no las ves?

Los muebles, el calendario,
siempre hay un calendario
de carnicería, con un santo
o de un taller, una mujer desnuda.

Las fotos no, esas sí se las llevaron.
Prueba, prueba a empujar, tal vez se abran
las puertas, las ventanas, los cristales turbios.
Aunque entrar sería como matar el alma
de las cosas retenidas, como si fuera

una caja repleta de juguetes
embalados en su aire protector
y la rompieras.

Lo veré todo sin poder entrar.

Lo veo todo sin poderlo ver.

La casa plegada junto a la carretera
La casa muerta de papel doblado,
clavada con alfileres a la tierra.
El cascarón vacío. Ningún rastro
Todos la han abandonado.

La carretera zumba. Pasan camiones,
los que ya habíamos adelantado, otros nuevos,
rompen el aire quieto que se cierra de nuevo.
Volveremos a verlos y a pasarlos,
a oler su gasóleo quemado.
Me gusta ese olor, el ruido, el sabor en la boca
de un chicle verde que sabe a gasóleo.

Nos hemos ido, aquí no hay nada para ti,
además, no somos lo que esperas.
No fuimos lo que esperabas. Nunca.
Vete ahora tú también.
O quédate y cuida del perro cojo.
Lo atropelló un coche que rompía el aire
el aire que luego se cerraba
el coche que hacía zumbar la carretera.

Le di el pan al perro, siempre lo hacía,
lo guardaba escondido en el puño cerrado.
Me gustaban los perros, les daba pan
y los perros me seguían. Tomad,
perros cojos y esqueléticos,
moriréis otro día,
Vous crèverez bientôt.
¿Te acuerdas ahora de los nombres?
Los miraba en el mapa, con el dedo dibujaba:
Daroca, San Martín de Jiloca,
Báguena, Burbáguena,
Luco de Jiloca.
Calamocha. —

Viaje al centro del whisky

La ciudad es
ahora lo que entonces
hubiera sido difícil imaginar,
una cuadrícula
de calles despojadas
del aroma viviente del pasado,
sobre todo porque un paseo de una hora por ella
no da como resultado
el encuentro con varias personas conocidas
como ocurría en una época enterrada
en la bruma de las leyendas personales
que nadie nos creería si se las contáramos,
creo, de hecho, que el único sentido
que entonces tenía pasear era encontrarse
con unos cuantos amigos
al azar
y conversar mientras oíamos el tráfico
pasar como un telón de fondo
de nuestras disquisiciones filosóficas,
y ahora, ahora que podríamos
argumentar con algo más
de criterio sobre los irresolubles problemas
del mundo de la esencia y la apariencia,
no nos encontramos con nadie con quien conversar
y solo queda la opción
de refugiarse en uno de los bares de aquella época
a recordar las citas, los avistamientos,
miradas, disputas, despedidas,
las presunciones de inocencia o los remordimientos,

recordar como algo
muy parecido a no existir,
como un descenso al fondo
en el que no queda nada
que extraer de aquel pozo
que creíamos fértil,
un acto de fe
en medio del truculento esplendor
del alumbrado navideño,
obligados a oír
conversaciones banales
sobre la actualidad política,
que, como todo lo demás,
no tiene solución,
y hay un momento, entonces,
en que surge
una calma muy frágil,
la reconciliación o la fisura
que nos confronta con quien fuimos
sin revelarnos el secreto último,
que se oculta siempre en otro sitio,
no en ese bar,
no en ese whisky, ni en el otro
que pedimos más arriba,
en el ya apenas mítico callejón
de todos los milagros de otro tiempo,
donde ahora trabaja
un muchacho muy joven
de rasgos latinos, talludito,

con los ojos rasgados
y sonrisa insinuante
que tampoco se parece a las sonrisas de otras épocas,
o sí, quién lo supiera,
pero es demasiado tarde
para saber casi nada, para averiguarlo
o para empezar a saber,
en cualquier caso,
pues se trata aquí de algo primario,
de un conocimiento sin raíces
que no puede remontarse a la memoria,
el muchacho es un dulce
y alado repartidor de gracia
capaz de servir un whisky como quien somete
a la segunda ley de la termodinámica
cualquier acto o acción
delicuescente,
pero creo que llevo demasiado tiempo
empantanado en un joven
que solo quiere mostrarse servicial,
y habría que volver
a lo sentido al subir por la avenida,
la misma avenida de hace treinta años,
cuando, recién cumplidos los dieciocho,
daba mis primeros paseos
vestido con una chaqueta gris
cuyas solapas anchas agarraba
como si fuera a llevarme el viento
al otro lado del mundo,

como ocurriría más tarde,
unos años más tarde,
pues nunca sabemos
adónde nos tiene destinados el destino,
y quizá fuera eso,
tantos años pasados donde el diablo perdió los calzones,
lo que me impide ahora
saber por dónde ando
exactamente
o pasear como un viandante más
por esta ciudad que es
ahora lo que entonces
hubiera sido difícil imaginar,
un revoltijo incomprensible de franquicias
donde sería incapaz
de entrar, como hacía entonces,
cuando aún eran negocios familiares lo que había,
a preguntar cuánto cuesta una guitarra,
o qué son exactamente unos leotardos,
mientras los ojos
apesadumbrados de los dependientes
me miraban desde su existencia miserable
como si fuera imposible que eso estuviera ocurriendo,
que un niño vestido con una chaqueta infame
estuviera preguntando con tal atrevimiento
la tonalidad de un clarinete
o la duración de un tampón para sellos de caucho,
no, ya no sé por dónde iba,
y el poema se resiente del efecto del whisky,

la música es latina,
bachata, samba o reguetón,
todo se mezcla con la lucidez de las emanaciones
y esto no es un autorretrato,
aquí no hay espacio para la reflexión
ni para el discurso,
solo para la ansiedad,
deseo de silencio
o fijación por el fragor,
sé que las calles un día ofrecerán otra fragancia,
sé que ahora, mustias,
apagadas, ya no son lo que eran,
sé que en alguna imprevista definición del futuro
todo volverá a los tiempos remotos
en los que tenía un nombre
y no sabía bailar,
ni siquiera tocar la cintura de una adolescente,
adolescente pálido
en la apretura del tiempo,
dibujante de mis propias sombras
o soliloquios a través de la ciudad
que ya no es lo que era
—ya lo he dicho—
aunque nunca fue gran cosa,
adolescente perdido en la indefinición de la existencia,
en la caótica sustancia de la ciudad sumergida
que, para salir a flote,
hubo de reinventarse o destruirse,
expulsar a todos sus habitantes

y vaciar sus cloacas
como en un vómito de décadas,
ciudad adolescente,
ciudad de la verdad adulta
que nunca dará a torcer el brazo del sentido,
te espero aquí,
en el borde,
en medio de la inmundicia de los bares,
en la esquinada sonrisa
de un joven latino recién llegado a la isla
a quien dudo si darle mi número de teléfono.

Santo Estevo

[A orillas del río Sil –camposanto
y bosque–].

La tarde en su timidez se despereza monte arriba. Sube entre castaños centenarios azulados y otros árboles. Apenas el bosque acoge el musgo con sus sombras en la ladera. Apenas el silencio se hace al crepúsculo como el pez al sonido del agua entre las piedras. La niebla, bajo el gris y el rumiar ocre de las hojas, se cruza con nosotros, nos saluda ufana. Nos muestra su respeto. Hay un recogimiento sinclinal de afecto mutuo en las arcadas de las ramas y en los claustros. Quien no estuvo caminando entre estas piedras jamás padecerá del anhelo de la dicha. Imposible. El atardecer se marcha redondo. Ya en el cielo la oscuridad –poco a poco– se hace eco, hilo de pura luz ausente y sus formas se enraízan en nuestros ojos como pámpanos, como sarmientos encendidos de cenizas y nubes con alma. Abriendo las alas, batiendo sus alas con fuerza, por los bancales bajan mariposas que vuelven a una casa que mira al valle. El bosque se estrecha, se contrae, se difumina y –al fin– se pierde.

El paisaje oscurece
del todo.

El silencio como un hielo interior hiere
de paz los sentimientos.

Todo se coloca. Todo adquiere sentido. El tiempo se para fiel
ante nosotros como un caminante más
mientras nos habla.

Los deseos de nostalgia se abotonan
en mi abrigo. Hace frío.

Escucho en mi corazón y palpo el latir sonoro
de esta pequeña parte

del mundo
en que anochezco.

El viajero improbable

Como quien colecciona nombres
y planos de ciudades que nunca visitó,
esta caligrafía torpe
de luces a lo lejos.

Alguien deja
sin pretenderlo un rastro,
tal vez tan solo
el arte de pintar mariposas,
una herida,
una forma de andar.

Recuerdas a Du Fu:
viajar
con la carga más leve,
más dura,
las palabras.

Entre montañas
el ojo acota el horizonte,
pacta con él
el cielo,
los caminos.

Valya y Giliel^x

I

En uno de los árboles, cerca de su cabaña,
Giliel escucha el canto de un pájaro escondido.
No puede imaginar que el pájaro no es pájaro.
No puede imaginar la sombra, la amenaza
que esconde la tonada fingida de ese trino.

Decidme si es posible que una niña comprenda
la trampa agazapada, la asechanza, el peligro,
las celadas que fraguan los hados en sus yunques.
Decidme, si es posible, qué ensalmo, qué conjuro
podrá salvar a Giliel. Decidme, si es posible.

II

Valya regresa. Encuentra la cabaña vacía,
el dolor de la ausencia: su hermana no está en casa.
La llama y la congoja congela su garganta.
La llama y no hay respuesta más cierta que el silencio.
Sobre su alma ya pesa la losa del presagio,
y aunque preferiría no pronunciar su nombre
sabe que su destino la lleva al Foldo Oscuro
y lo que allí la espera, como le dijo padre,

* Este poema es la recreación de un guion y una composición musical de José Javier Salsoso Durán (JJSalsoso). El lector interesado en el montaje con la voz de Isabel Martínez y la imagen y la música compuestos por JJSalsoso que precede a la publicación del texto escrito puede verlo en el siguiente enlace: <https://youtu.be/8yfbAWITPFY>.

no son trasgos, ni duendes, ni lobos ni alimañas,
sino un reino poblado por seres imposibles
que no conoce nadie, que no recuerda nadie,
de los que nadie ha escrito la vida ni la historia.

III

¿Dónde irás a buscar a Giliel, dime, Valya?
¿Qué brújula segura, qué mapa confiable
sabrán llevar tus pasos donde te espera el miedo?
¿Cómo podrás luchar con lo que no conoces?
¿Te bastará tu arco de caza si hay batalla?

Solo el amor te mueve, solo el amor te orienta.
Solo el amor te empuja, Valya. Solo el amor.

IV

Hay un lugar perdido, sin sol, sin esperanza;
un lugar sin memoria llamado Foldo Oscuro,
pero Valya no teme lo que las sagas dicen;
su determinación no cede a la leyenda.
Debe encontrar a Giliel, debe volver a casa.
Padre no sabe nada y las echará de menos.

V

Un silencio ominoso, una sombra sin límites,
un movimiento sordo que anuncia una presencia,
y Valya no se arredra. Ved cómo se dirige
a ese rostro sin rostro que invade sus retinas,
y acongojada grita: «devolvedme a mi hermana»,
y grita y grita y grita: «por piedad, devolvédme».

VI

Como desde una nada que no puede entenderse
ha regresado Giliel a los brazos de Valya
y unidas en un llanto que estremece su carne
no han visto la señal que ahora marca su frente,
y enlazadas las manos regresan y no saben
que ya no volverán jamás a ser las mismas.

VII

Dicen todas las sagas que en esos mismos árboles
en los que un día Giliel oyera un falso trino
siguen cantando pájaros que nunca fueron pájaros
y algún niño siguió su rastro en la espesura.

Poemas inéditos

LOS GUAPOS

I'm sexy and i know it

LMFAO

Algunas veces pienso que son ya
(mandíbulas perfectas, piel de pétalo)
más que una mutación, la nueva especie
que habrá de desplazar al *sapiens sapiens*
por *el homo pulcherrimus*.

Proclaman
su altanería en fotos y carteles,
revistas en cuché, turbios *realities*,
desfiles milaneses, propaganda
de clínicas dentales y gimnasios,
policletos de carne paseándose,
por los *afters* de Ibiza a torso abierto,
sin gota de sudor que los despoje
de su divinidad despreocupada.
(Quién iba a imaginar que era el futuro
una infinita fiesta de muchachos
bailando en el Tik Tok en calzoncillos).

La era de los dientes relucientes
causa un cierto rencor en quienes buscan
sustento entre el común de los mortales,
con empastes baratos, michelines,

inútiles semanas de ejercicio
y dietas milagrosas, con temor
a las terribles fotos en la playa,
totalmente incapaces de encontrar
un filtro en Instagram que solucione
los poros de la piel y las arrugas
en algún imposible paraíso.

Yo, sin embargo, siento a veces lástima
por la suerte (gusanos y cenizas)
que espera a tan radiantes semidioses.
Ellos lo saben, que el tiempo es implacable,
que van a perder más porque más tienen,
que no van a poder sobrevivir
a las patas de gallo primerizas
y a los estragos contra su *six-pack*.
Y por eso en febrero se apodera
de su mirada altiva una tristeza
ineditable y fría, en blanco y negro,
un oscuro anticipo del crepúsculo.

VIRTUD DEL CORTESANO

Has de engrasar bien cuello y cervicales
(decir siempre que sí resulta duro),
someter la cerviz, fingirte puro,
aplaudir mucho más que los rivales.

Aclama a tu señor entre atabales.
Mas si un día cayere, pega duro:
no importe ser traidor, vil o perjuro
mientras el culo salves de los males.

Haz del que fue tu amigo tu adversario;
del antes adversario, fiel amigo;
en torno al servilismo alza tu ciencia.

Hasta que, al fin, tendido en el osario,
sin haberle importado a nadie un higo,
a otro gusano rindas reverencia.

ESCENA EN DISCOTECA

(INTERMEDIO A RITMO DE RAP)

Ahora me toca
tu boca,
me muerde y me provoca.
Dice sí
tu piel que se desliza, dice sí,
veloz como una bala sobre mí:
tu pecho clandestino y sin camisa,
tu frente altiva,
tu chulería,
tu forma de oscilar como quien baila
en medio de una música sin alma,
en medio de muchachos que se mueven
en medio del infierno de los jueves,
a oscuras como siempre,
con luces estridentes
en lima fluorescente:
Sudor caliente
que moja mi *t-shirt* y que me empapa
con ese olor a colonia de las caras,
a esencia masculina:
perfume, excitación y adrenalina,
a sexo que triplica su volumen,
que solo me promete lo que cumple
volando de camino hacia las nubes.

Me gusta lo que veo,
me abrasa lo que siento:
esclavo de las leyes del deseo,
sé que esta noche soy tu prisionero.

Para ti,

yo sé que ahora mi cuerpo es para ti,
te invito a una cerveza y a subir
a mi hotel del Eixample
mejor pronto que tarde,
porque ya tengo hambre
y quiero estar desnudo ya y dispuesto,
bajo tu peso,
a una fiesta para dos sobre la cama
que obligue a enrojecer a la mañana.

GOLONDRINAS

Dijo Dios: «Bullan las aguas de animales vivientes y aves revoloteen sobre la tierra contra el firmamento celeste».

Génesis, 1, 20.

Estos pájaros santos, que se beben el aire con urgencia, conocen el destierro.

Con esa extraña fe del peregrino que aun agotado encuentra una razón para dar otro paso y otro paso, han conocido selvas y mezquitas, cataratas y ríos caudalosos, arenales eternos y esas tierras feraces donde, colmadas las ramas, se pudre tanta fruta.

Sucedará que el viento será como un regalo del Señor y aliviará sus alas.

Sucedará que el sol les mostrará el camino, y que en el espejismo de las tierras más altas hallarán alimento bien cumplido cuando sea el verano.

Sucedará que nadie negará su derecho a poseer en el reino del vértigo una casa ligera, a poseer una casa vertical, un refugio de piedra, su derecho de sangre a planear sobre las aguas mansas, rasantes como dardos afilados y exactos.

Las golondrinas saben que es su casa esta loma ya casi despoblada. Pero temen al frío, y al final de la estación amable retomarán el viaje. No más sabias, quizás, nunca más libres, puede que condenadas a elegir: entre morir ateridas a la entrada del templo o entregarse a un exilio sin principio ni causa.

En su derrota eterna, como buques fantasmas, aprenderán que son más viaje que granito, son más algarabía que salmo musitado por la tarde, entre dientes, mientras la vida pasa.

Cuatro inéditos

QUIETUD

Nada sabe el cuerpo cuando recuerda
el roce del agua y el olor de la vid
atribuyéndose lejanos aromas.
Sabemos que los tejados forman
parte de la casa, que la luz solar
no viene de oriente, que Córdoba
queda extendida en las alquerías
en una idea de construcciones blancas.
La alcazaba hacia el cielo muestra
una verticalidad sin ventanas
y el Guadalquivir calmo refleja
la vieja rehabilitada fortaleza,
decenas de paseantes ponen velas
a un San Rafael vigilante y
se enciende la noche en las temblorosas
lenguas de las llamas, las tórtolas
desaparecen por el deslizante cielo,
se agujerea un trozo de asfalto
y yo salgo de una antepasada
llevo puestos sus mismos zarcillos,
tengo el gesto alicaído, soy una mujer
leyendo el diario de noticias
el cinco de marzo de 1933.

EL POEMA

Algunas veces se sostiene en la sombra
como si fuese un diminuto organismo animal
pero sale cansado, apretando el paso,
yendo de un lugar a otro como si fuese
un gigantesco foco en forma de faro.
Nada es tan inútil como caminar de esa manera
ese cambio de acera constante favorece
saltar de bordillo en bordillo
para que todos lo vean, y qué es lo que hay
en este país donde sobran prebendas
que se reparten unos cuantos en función
de un lamentable hondo agujero
desde hace muchos años escarbado
por dedos ansiosos. Algunas veces
se sostiene en la última página de un libro
donde el poema se aleja riéndose de todos.

HABITACIÓN

Las siete barras verticales
se cruzan, repetidas,
con siete alas de pájaros.
Toda la pared
derrama la idea de volar.
Si estuviese cerca la ventana
o la rendija de cielo
tapiada por la lámpara
del techo.

UMBRAL

Un paisaje otoñal reverbera
entre los rugosos brillos
que forma un mueble abandonado.
Lo tuvimos cerca durante los años
que continuaron a la sequía.
Hoy sobre su sombra se protege
el periquillo, y bebe agua,
la que dejé en el bol esta mañana
después de la pastilla.
Se fueron todos aquella mañana de abril,
luego vino mayo, las azaleas caían
cubriendo las rejas de la ventana,
los dos bancos de piedra donde
yo me apoyaba al regreso del paseo
se han ennegrecido, casi nadie
pasa por aquí, lo que sucede
-me dijiste- es el paso del tiempo
y esas cosas, pero no fue eso.
No lo fue.
Yo sabía que iban a regresar
los hombres uniformados
que alguna vez dirán que
para protegernos, debíamos
alejarnos de nuestras casas
y el destino no cambia
cuando cruzas el umbral.

Ensayo



Edgar Morin y Neil Postman: resistencia y combate

Resistencia y combate son dos ideas clave en el pensamiento de Edgar Morin y Neil Postman. En su obra, como en pocas —y aquí podríamos incluir a autores como Derrida, Vattimo o Steiner, por ejemplo—, se ejemplifica aquella afirmación de Tristan Tzara según la cual «la resistencia se organiza en todas las frentes puras». Hay en estos dos autores de obra e intereses tan distintos —Postman, un sociólogo hipercrítico con la peligrosa deriva de los *mass media*; Morin, un epistemólogo que ha hecho famoso el concepto de *complejidad* y está obsesionado con la reforma del pensamiento—, algunas ideas rectoras que convergen llamativamente advirtiéndonos del rol tan necesario del intelectual frente a los diferentes poderes que acechan y socaban nuestras sociedades.

¿Resistencia frente a qué? ¿A qué debemos resistir? Al comienzo de *Mis demonios* (1995), Edgar Morin se refiere a la necesidad, ya desde sus inicios, de cultivar un pensamiento propio frente a *etiquetas* y *nomenclaturas* de cualquier ámbito —intelectual, filosófico, universitario— que intentasen enmarcar y reducir su singularidad. Sin embargo, al escribir aquel libro veinte años más tarde descubrió que «mi intención defensiva-ofensiva había derivado y evolucionado hacia una intención comprensiva y explicativa».¹ No es que su o/posición en relación a los intereses y las corrientes del *stablishment* intelectual hubiera cambiado, sino que había variado su manera de relacionarse con él; no desde el ataque y la trinchera, sino desde la comprensión y la explicación. De forma similar Neil Postman contemplaba la acometida tecnológica de ordenadores, móviles o múltiples cadenas de televisión sin un sólido dique crítico, al haber advertido «que existen dos culturas que se oponen encarnizadamente la una de la otra y que es preciso seguir el tema de cerca para que haya un debate en profundidad», pues «algunas

¹ Edgar MORIN, *Mis demonios*, Barcelona: Kairós, 1995, p. 7

veces, hace falta una voz disidente para moderar el alboroto producido por las multitudes entusiastas». ² O sea, distanciarse, examinar, comprender qué se nos ofrece, qué implica el intercambio; y, si es preciso, oponerse para que no nos den gato por liebre. En un mundo dominado por intereses y fuerzas descontroladas —el tecno-capitalismo financiero podría ser una de ellas— que favorecen una creciente entropía en nuestro modo de vivir, reflexionar y relacionarnos, se impone la necesidad de un pensamiento crítico que aborde sin demora cuestiones fundamentales para nuestro bienestar y supervivencia.

Desde *El paradigma perdido* (1994), hasta *Tierra-Patria* (1993) o *La Vía* (2011), pasando por los cuatro volúmenes de *El Método* (1977-1991), casi toda la obra de Edgar Morin se encamina a examinar los diferentes saberes del hombre que han evolucionado de forma prácticamente dispersa, repensarlos y proponer nuevas alternativas de acceso a la multiplicidad de lo existente, pues «el problema crucial de nuestro tiempo es el de la necesidad de un pensamiento capaz de recoger el desafío de la complejidad de lo real». ³ Ya en *Aproximación al origen* (1982), Salvador Pániker destacaba la capacidad de este *filósofo generalista* de estar «rastreando los verdaderos signos de la época»; su habilidad para desenmascarar las argucias de una tradición intelectual, empecinada y resignada en defender un discurso dominante caracterizado por la simplicidad frente a lo heterogéneo de la vida. Para ello es del todo necesario la atención y la vigilancia, no solo con la finalidad de captar y abrazar la complejidad de una realidad multidimensional —«*complexus*», ‘lo que hay tejido junto’; y «complejidad», de *completare*, ‘abrazar’—, sino el diagnóstico hacia toda forma de dogmatismo, determinismo y unilateralidad que nos aparte de aquella. Es decir, oponerse y combatir todo tipo de totalitarismo que amenace, como argumenta Edgar Morin, nuestra idea de comunidad y solidaridad de destino terrestre. Pero, primero, es indispensable «la reforma de la vida» —*cambiar la vida*, dice Rimbaud—, la aspiración a un bienestar y un arte de vivir que nos aleje de la pura objetivación, instrumentalización y cuantificación en que se ha convertido nuestros modos de existencia occidentales; el tener por encima del ser; el odio y la codicia en lugar del amor y la ternura: «Cada vez se está más obsesionado por el éxito, los resultados, el rendimiento y la eficacia [un principio al que

² Neil POSTMAN, *Tecnópolis*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1994, pp. 9 y 13.

³ Edgar MORIN, *La Vía*, Barcelona: Paidós, 2011, p. 129.

Neil Postman presta especial atención en *Tecnópolis*], cosa que hipertrofia el carácter egocéntrico de los individuos [...]. Las urgencias del día a día nos hacen perder la noción del valor del tiempo y de la vida y socavan nuestras relaciones con los demás e, incluso, con nosotros mismos. La cronometría [otra idea recurrente en Postman, como veremos] fragmenta en minutos y segundos la continuidad de nuestro tiempo interior».⁴ El cambio de vida y de *vía* que nos propone Edgar Morin nos acerca, como vemos, a valores y experiencias propias de la poesía como él mismo reconoce y Hölderlin sintetizó en su famoso *poéticamente habita el hombre*: «La reforma de la vida nos conduciría a querer liberarnos de los condicionantes y obligaciones externas, así como de nuestras intoxicaciones de civilización; nos conduciría a expresar las ricas virtualidades inherente a todo ser humano; nos incitaría a vivir poéticamente».⁵

La desaceleración e ineficacia *contra* la mecanización e hiperespecialización; la creatividad, la indeterminación, la integración y el nexo como contrapeso del reduccionismo, determinismo, la uniformidad y la unidad operativa. Un pensamiento complejo no restrictivo, dialógico –en tanto superación de la dialéctica–, no disyuntivo ni sectario, plural, polifacético que debería también irrigar las diferentes disciplinas del conocimiento –biología, filosofía, física, historia, sociología, filología...–, hasta hacer de la ósmosis y el intercambio, los elementos indispensables para iniciar la «desposesión del saber». Un saber que, hasta ahora y por tradición, permanece en compartimentos estancos –humanidades por un lado, ciencias por el otro– y dificulta la urgente reforma de un pensamiento del todo necesario para nuestro bienestar y supervivencia. En definitiva, una vía unitiva que permita «la unión complementaria de antagonismos» en este proceso permanente de organización-desorganización, generación-degeneración, concordia-discordia, que es el inacabable movimiento de la vida; o, como gusta decir a Morin citando a Heráclito: «Vivir de muerte. Morir de vida».

Este es el desafío al que se enfrenta el pensamiento complejo. Un combate que, como en el caso de Neil Postman en relación a los medios de comunicación de masas, se debe librar también en las aulas contemplando la posibilidad de una reforma de la enseñanza: «Una tradición de pensamiento bien arraigada en nuestra cultura y que forma las mentes desde la escuela

⁴ *Ibid.*, p. 225.

⁵ *Ibid.*, p. 229.

elemental, nos enseña a conocer el mundo a través de *ideas claras y distintas*; nos insta a reducir lo complejo a lo simple, es decir, a separar lo que está ligado, a unificar lo que es múltiple, a eliminar todo lo que aporta desorden o contradicciones a nuestro entendimiento». ⁶ Una reforma cognitiva que, en paralelo, implicaría una reforma educativa basada «en la relación entre las cosas»; una mirada crítica a términos como «racionalidad», «cientificidad», «complejidad», «modernidad» o «desarrollo»; una «ecología de la acción» —las interrelaciones del medio en que se da—; o «una introducción a los problemas [...] que se ocultan en la fragmentación interdisciplinar». Pero también la inclusión de materias que, como desarrolla en su libro *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (2000), examinarían «el conocimiento del conocimiento», «el conocimiento pertinente», «la realidad humana», «la era planetaria», «la comprensión del otro», «el enfrentamiento con las incertidumbres» o la «ética del género humano». Sin olvidar la importancia de incentivar la estética, o la necesidad de subrayar determinados dominios de la civilización occidental —los medios de comunicación de masas, la publicidad o el consumo— que han extendido su poder por el globo en detrimento de los valores históricos que la sustentaban. Y, como contrapunto, dar a conocer la sabiduría y virtudes que encierran otras culturas tradicionales que todavía subsisten en la actualidad, fomentando la simbiosis entre ambas. Esta sería, para Edgar Morin, una de las muchas transformaciones inexcusables para cambiar el *status quo* y resistir a la «barbarie interior y exterior» que nos constriñe y amenaza.

Muerto en 2003, el pensamiento de Neil Postman es también una excelente oportunidad para examinar críticamente nuestro presente. En su caso, los *media* como tecnología manipuladora potencialmente peligrosa, los poderes que la amparan, y los consumidores que la aceptan sin pestañear. A pesar del tiempo transcurrido desde la publicación de sus obras más interesantes —*Divertirse hasta morir* (1986) o *Tecnópolis* (1993)—, sus percepciones son de una manifiesta actualidad que merece la pena considerar. Antes, sin embargo, y para delimitarla en relación a ese llamamiento que hacía en el último capítulo de *Tecnópolis* para devenir «un fiel combatiente de la resistencia», me gustaría traer a colación un comentario de Gianni Vattimo que nos sitúan en el centro de la problemática: «Lo que es verdadero y original en nuestra situación es el poder (técnico) de los *media*, que tiene la

⁶ *Ibid.*, p. 129.

capacidad de hacernos olvidar el ser, la diferencia, las transformaciones: el poder de hacernos creer que no hay una posible alternativa al estado actual de las cosas. Si este proceso continúa [...], entonces sí tendremos tristes razones para esperar el fin de la historia, porque la historia, como dijo Benedetto Croce, no es más que la historia de la libertad».⁷ Al igual que Postman, Vattimo nos indica que «la red no es completamente libre», y hay poderes que anteponen la cuenta de resultados a la posibilidad de «liberarnos de la perentoriedad de la presencia desarrollando todas las posibilidades de la libertad para devenir sujetos, no objetos, más humanos».⁸ Es una idea similar a la utilizada por Edgar Morin, cuando nos alerta de la creciente mercantilización tecno-burocrática, y los peligros que arrastra sin las defensas de una cultura y una intelectualidad comprometidas con la supervivencia de la humanidad y del planeta.

Tanto *Divertirse hasta morir* como *Tecnópolis* son una clara advertencia de las interioridades y efectos de las nuevas tecnologías electrónicas en las sociedades, y de su poder homogeneizador y disgregador: «Porque en Norteamérica [pero podemos hacerlo extensible a casi todo el resto del mundo] ha sucedido algo extraño y peligroso y solo tenemos una conciencia embotada e incluso estúpida de lo que es; en parte porque no tiene nombre. Yo lo llamo Tecnópolis».⁹ Si en *Divertirse hasta morir* describe las características de los nuevos *media*; esa sutil modalidad de conocimiento centrada en la rapidez, banalidad y entretenimiento —en oposición a la era tipográfica tradicional—, y las perversas consecuencias que trasladan a la esfera pública sin las defensas apropiadas, en *Tecnópolis* profundiza en su epistemología para, finalmente, proponernos formas de resistencia frente a su arrolladora imposición y desarrollo: «Este libro pretende describir cuándo, cómo y por qué se ha convertido la televisión [pero vale ampliarlo a toda la moderna digitalización] en un enemigo particularmente peligroso».¹⁰ ¿En qué consiste esta nueva epistemología? Postman considera que la dicotomía entre humanismo y cientifismo —que Edgar Morin asociaba a la dificultad de acceso a un verdadero pensamiento complejo— ya no tiene sentido al

⁷ Gianni VATTIMO, *Alrededores del ser*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020, p. 159.

⁸ Gianni VATTIMO, *La digitalización en nuestro tiempo: ¿existe solo lo que está en la red?*, conferencia, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, 3 de mayo de 2013.

⁹ Neil POSTMAN, *Tecnópolis*, cit., p. 26.

¹⁰ *Ibid.*, p. 10.

imponerse de forma prácticamente totalitaria, y es necesario centrarse en la tecnología como método y herramienta que monopoliza y transforma nuestro modo de relacionarnos con la realidad. Las nuevas tecnologías, según Postman, alteran perniciosamente el lenguaje, los símbolos, o los valores que conocemos al ponerse en movimiento un mecanismo implacable que, como un virus ante un sistema inmunológico debilitado, ejecuta inexorablemente el objetivo con que ha sido diseñada: «determina autoritariamente nuestra terminología más importante. Redefine “libertad”, “verdad”, “inteligencia”, “hecho”, “sabiduría”, “memoria”, “historia” [...], todas las palabras con las que vivimos. Y no se detiene a explicárnoslo. Y nosotros no nos detenemos a preguntárselo».¹¹ El espacio público y privado son redefinidos por la emergencia descontrolada de un potencial que hace de la uniformidad, la aceleración, lo lúdico y la superficialidad una estrategia consolidada para beneficio de unos pocos. Porque, al contrario de la aparente democratización que comportaría Tecnópolis, Postman nos habla de ganadores y perdedores en su proceso de entronización. ¿Libertad y poder para quién? ¿Y los costes? Difícilmente en un ecosistema contaminado —porque Tecnópolis lo cambia todo— podemos salir victoriosos si aceptamos su supuesta neutralidad.

Y, para Postman, el símbolo de esa nueva epistemología la encarna nuestro televisor —quizás el teléfono móvil en la actualidad—, «que ha alcanzado el status de “meta-medio”, es decir, el instrumento que dirige no solo nuestro conocimiento del mundo, sino también nuestra percepción de las *maneras de conocer*»;¹² una herramienta que nos permite entrar en un nuevo mundo de ilusión dominado por la incesante sucesión de imágenes, la avalancha indiscriminada de información, la asepsia de contenidos, el narcótico sedentarismo, o la primacía de lo residual, y donde las categorías de tiempo y espacio parecen modificarse sensiblemente. Sometidos en Tecnópolis a la tiranía de su cronometría y eficacia con que ingeniosamente nos gobierna, y también estimulando el adormecimiento con su inacabable *show business* —en todas sus variopintas posibilidades—, cabe la posibilidad de que nuestras conciencias puedan verse sensiblemente disminuidas; y, de igual manera, la tradición y sus valores, y el espacio público en que Tecnópolis se proyecta prácticamente desregularizada.

¹¹ *Ibid.*, p. 16.

¹² Neil POSTMAN, *Divertirnos hasta morir*, Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1991, p. 78.

Frente a ello Postman propone una resistencia individual y colectiva que considere la tecnología, sea la que sea, no como un instrumento connatural de nuestra existencia, sino «un producto de un contexto económico y político determinado y lleva con ello un orden del día, un programa y una filosofía que pueden o no mejorar la vida y, por tanto, requieren análisis, crítica y control».¹³ Se trata de examinar críticamente la misma idea de tecnología, pero también de conceptos como eficacia, progreso, tradición, sagrado en oposición a profano, o comunicación. Una respuesta del *fiel combatiente de la resistencia* que ha de hacerse extensiva a la esfera pública y, en concreto, al ámbito de la escuela y la educación. Que recupere la coherencia en su forma de acceso a la cultura: los grandes libros clásicos que han vertebrado hasta ahora una determinada forma de *leer* el mundo, uniendo arte y ciencia, integrando la tecnología como una nueva materia que hay que examinar críticamente. En definitiva, una escuela que devuelva a las humanidades su papel central, y a la palabra «culto» el significado que, *todavía*, pudiera conservar —*dotado de las calidades que provienen de la cultura o instrucción*—; o, en palabras de Postman, «familiarizarse con los procesos intelectuales y creativos gracias a los que se ha producido lo mejor que ha sido dicho y pensado [...], una educación que subraya la historia, el modo científico de pensar, el uso disciplinado del lenguaje, un conocimiento amplio del arte y de la religión y la continuidad de la iniciativa humana. Es la educación entendida como un excelente correctivo del carácter antihistórico, saturado de información y amante de la tecnología de Tecnópolis».¹⁴

Pero para que se produzca esta *metamorfosis*, para romper esta *cerradura* que nos aísla y constriñe son necesarias voces lúcidas y beligerantes como las de Edgar Morin o Neil Postman. En sus libros encontramos la necesidad de ese *mejor* que Richard Ford —un escritor político según sus propias palabras— relaciona con la tarea del escritor —y del intelectual, añadiríamos— para embellecer el mundo y enriquecer las gentes que lo habitan. En ellos descubrimos un compromiso ético al oponerse al adoctrinamiento y dogmatismo tecno-científico; es decir, resisten intentando neutralizar los poderes que impiden el cambio, la posibilidad de un acontecer auténtico. Como escribió Margaret Mead, y Morin corrobora refiriéndose a las grandes figuras del pasado, siempre ha sido un reducido número de individuos comprometi-

¹³ Neil POSTMAN, *Tecnópolis*, cit., p. 167.

¹⁴ *Ibid.*, p. 170.

dos los que han cambiado el mundo: «todo empieza con una iniciativa, una innovación, un nuevo mensaje inconformista y marginal, que muchas veces sus contemporáneos no perciben».¹⁵ Tanto Neil Postman como Edgar Morin forman parte de esa minoría de pensadores, no demasiado conocidos, con una portentosa capacidad de analizar la realidad; de advertir las potencialidades y amenazas del presente, y, también, de irrigar con sus libros la posibilidad de un futuro menos perturbador.

¹⁵ Edgar MORIN, *op. cit.*, p. 28.



Otras prosas

Ser escritor no es fácil ni romántico

Spinoza pulía lentes en un tabuco inmundo. Pessoa traducía cartas comerciales para empresas navieras. Manuel Vázquez Montalbán cobraba los recibos de los seguros de decesos (*los muertos*) puerta a puerta. Hemingway se pegó un escopetazo en la boca apretando el gatillo con el dedo gordo del pie. Manuel Altolaguirre, Luis Martín Santos, W. G. Sebald, José Carlos Beceerra y Albert Camus se mataron en accidentes de coche (un día antes del suyo, Camus había dicho que «no conocía forma más idiota de morir que un accidente de coche»). Alejandra Pizarnik se suicidó con Seconal tras escribir en el pizarrón de su cuarto: «No quiero ir/ nada más/ que hasta el fondo». Delmira Agustini fue asesinada, de dos tiros en la cabeza, por su marido, del que había decidido separarse. Jorge Cuesta se intentó castrar en el manicomio en el que estaba ingresado. Federico García Lorca fue asesinado por un grupo de falangistas, que remataron la acción metiéndole dos balas en el culo «por maricón». Paul Celan –toda cuya familia había muerto en un campo de concentración nazi– se arrojó al Sena. Sylvia Plath metió la cabeza en el horno, después de dejar dos vasos de leche y unas rebanadas de pan con mantequilla para cuando se despertaran sus hijos. Ósip Mandelstam fue desterrado a los Urales por un epigrama contra Stalin y murió en el campo de trabajo de Vladivostok. También a Ovidio lo desterraron, en el Mar Negro, por criticar al emperador Augusto. A Miguel Hernández lo dejaron morir de tuberculosis, a los treinta y un años, en una cárcel franquista. Virginia Woolf se llenó de piedras los bolsillos del abrigo y se adentró en el río Ouse. A Boris Pasternak las autoridades soviéticas lo obligaron a renunciar al Premio Nobel que se le había concedido en 1958. A Abelardo lo castraron unos sicarios del tío de su amada Eloísa. Oscar Wilde pasó dos años en la cárcel, condenado por mantener una relación homosexual con el hijo de un marqués, y murió en la miseria en París. A Walt Whitman lo despidieron varias veces de su trabajo y fue denunciado, por la obscena poesía de *Hojas de hierba*, por la Sociedad de Nueva Inglaterra para la Supre-

sión del Vicio. Leopoldo María Panero, Martín Adán y Pablo Palacio peregrinaron de manicomio en manicomio hasta el final de sus días. Baudelaire, que era alcohólico, fumaba hachís y padecía sífilis, fue condenado y multado por publicar *Las flores del mal*. Miguel de Cervantes, a quien le había quedado un brazo inútil en la batalla de Lepanto y había sido esclavo cinco años en Argel, fue comisario de abastos y recaudador de impuestos, y estuvo preso por no recaudar los suficientes. San Juan de la Cruz, fray Luis de León y Miguel de Molinos fueron perseguidos por la Inquisición (Molinos pasó los últimos siete años de su vida en una mazmorra romana y murió en ella). Gérard de Nerval se colgó de la verja de una cloaca en París. José Asunción Silva perdió los manuscritos de dos poemarios inéditos en el naufragio del buque en el que volvía a Colombia y acabó suicidándose de un pistoletazo en el corazón. Ambrose Bierce se unió al ejército de Pancho Villa y desapareció en Chihuahua, México, sin que se haya vuelto a saber de él ni encontrado nunca su cuerpo. Pushkin y Lérmonov murieron en sendos duelos. Rimbaud volvió para morir de cáncer en Francia, a los treinta y siete años, después de un viaje infernal desde Etiopía, donde se dedicaba al tráfico de armas (y algunos añaden que de esclavos), y de que, ya en Marsella, le amputaran una pierna. Edgar Allan Poe, Herman Melville, Emilio Salgari, O. Henry y Benito Pérez Galdós murieron en la miseria. Sergio Gaspar echó al fuego media docena de poemarios inéditos en su juventud. Salman Rushdie publicó *Los versos satánicos* y el ayatolá Jomeini lo condenó a muerte por ello; cuarenta años después, Rushdie fue apuñalado por un islamista que quería ejecutar la orden del clérigo, y que lo dejó ciego de un ojo y sin movimiento en una mano. Naguib Mahfuz también fue apuñalado por un integrista islámico. A José María Hinojosa lo asesinaron milicianos comunistas y a Pedro Muñoz Seca le dieron matarile en Paracuellos del Jarama. A Cicerón le cortaron la cabeza y las manos. A Pier Paolo Pasolini le pasaron varias veces por encima con su propio coche. Frank O'Hara murió también atropellado, en una playa. Arnold Bennett bebió de las fuentes de París para demostrar que el agua no estaba contaminada de tifus, como se creía en la ciudad, y murió de tifus. George Orwell fregó platos y durmió en albergues sociales en París. Larra se mató de un tiro en la sien, delante de un espejo, con veintisiete años, porque su amada, Dolores Armijo, lo había abandonado. También delante de un espejo se degolló César Dávila Andrade. Franz Kafka trabajó en casas de seguros y murió de tuberculosis de laringe a los cuarenta años. Charles Bukowski, alcohólico,

desempeñó oficios infames buena parte de su vida (y le dio una patada en el estómago a su mujer, Linda Lee). Rupert Brooke murió por la picadura de un insecto, a los veintisiete años, cuando lo trasladaban a Galípoli, durante la Primera Guerra Mundial. Raymond Chandler recogió albaricoques y encordó raquetas. Jacques Prévert fue mozo de almacén. Eunice Odio murió pobre y sola en su casa, y su cadáver no se encontró hasta diez días después del fallecimiento. Luis Feria, obeso y asmático, también murió solo en su domicilio, pero a él tardaron dos semanas en descubrirlo. Philip Larkin era erotómano, y Henry Miller, sexópata. A Karl Kraus un damnificado por sus feroces sátiras le partió la cara. Balzac murió por los litros de café que bebía todos los días para mantenerse despierto y escribir. A William Hope Hodgson lo hizo picadillo un obús en la batalla de Ypres. Mishima practicó el *seppuku* (y, al enterarse, su amigo Yasunari Kabawata se quitó la vida inhalando gas). Horacio Quiroga —su padre se mató de un disparo fortuito; su padrastro y su primera mujer se suicidaron; dos de sus hermanos murieron de fiebre tifoidea; él mismo mató a su mejor amigo, que iba a batirse en duelo, de un disparo accidental cuando le limpiaba el arma; su tercera mujer lo abandonó en la selva; y él desarrolló cáncer de estómago— se bebió un vaso de cianuro. Séneca tomó cicuta. Vachel Lindsay, una botella de desinfectante. Leopoldo Lugones, arsénico mezclado con *whisky*. Anne Sexton se intoxicó con monóxido de carbono. Louis Verneuil se cortó el cuello en la bañera. David Foster Wallace se ahorcó. Alfonsina Storni se tiró al mar desde una escollera. Pedro Casariego Córdoba, Inés Palou, Attila József y Tamiki Hara, a las vías del tren. José Agustín Goytisolo, Unica Zürn, Ana Cristina César y Willy McKey, por la ventana. A Juan Rulfo le aplicaron electrochoques para que superase su alcoholismo (sin conseguirlo). También a Antonin Artaud, que pasó casi una década en manicomios. Dylan Thomas murió a los treinta y nueve años, jactándose de que había llegado a tomarse dieciocho *whiskies* seguidos. Jack Kerouac, a los cuarenta y siete por una hemorragia interna, provocada por la cirrosis que padecía a causa del alcohol que llevaba ingiriendo desde la adolescencia. Robert Louis Stevenson era cocainómano. Thomas de Quincey y Elizabeth Barrett Browning, opiómanos. Bob Dylan, heroinómano. Sartre y Philip K. Dick, adictos a las anfetaminas. Tennessee Williams se ahogó con el tapón de un envase de gotas para los ojos; lo encontraron muerto rodeado de papeles, paquetes de tabaco y frascos de barbitúricos, y con dos botellas de vino abiertas en la mesa. Jane Austen falleció por el arsénico que le daban

para tratar su reumatismo. Emily Brontë padecía el síndrome de Asperger. El doctor Johnson, André Malraux y Quim Monzó, el síndrome de Tourette. Homero, Abul Alá al-Maarri, Milton, Borges y Joyce se quedaron ciegos. Guy de Maupassant, Alfred de Musset y Alphonse Daudet eran sifilíticos. A Valle-Inclán le estropeó el brazo de un bastonazo un contertulio que había sufrido sus corrosivas burlas. Dante Gabriel Rossetti enterró casi todos sus poemas inéditos en la tumba de su esposa, que se había suicidado al dar a luz a un niño muerto, pero luego se arrepintió y tuvo que desenterrar el cadáver para recuperarlos. A Octavio Paz se le quemó buena parte de la biblioteca en un incendio en su casa de la Ciudad de México. Henri Roorda publicó *Mi suicidio* en 1925 y se suicidó en 1925. Emil Cioran, Mircea Eliade y Eugen Ionescu compartieron las ideas de la Guardia de Hierro rumana y simpatizaron con el Tercer Reich y el fascismo italiano hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Thomas Carlyle hubo de reescribir su monumental *Historia de la Revolución Francesa*, después de que una criada echara al fuego el manuscrito, pensando que eran desechos para alimentar la chimenea. Mijaíl Bulgákov también tuvo que reescribir su novela *El maestro y Margarita*, cuya primera versión había quemado al enterarse de que otra obra suya había sido proscrita por las autoridades soviéticas. Los amigos de Lord Byron, preocupados por su reputación, destruyeron a su muerte el único manuscrito de sus *Memorias*. Lee Stringer, que había sido un profesional de éxito, adicto al *crack*, vivió doce años en las calles de Nueva York. John Kennedy Toole se suicidó después de que numerosas editoriales rechazaran la publicación de su novela *La conjura de los necios*. Salvador Benesdra se tiró por la ventana de un décimo piso después de que todas las editoriales a las que se la había mandado se negaran a publicar la suya, *El traductor*. Francis Bacon murió de una neumonía que había contraído al salir a enterrar un pollo en la nieve para comprobar si el frío conservaba los alimentos. Isaak Babel fue sometido a setenta y dos horas seguidas de interrogatorio en la Lubianka y, después, fusilado. Hart Crane se arrojó al mar después de que la tripulación del barco en el que viajaba le diera una paliza por haber abordado a un marinero con intenciones deshonestas. Louis Althusser estranguló a su mujer. William Burroughs mató a la suya de un disparo en una fiesta, imitando (bastante mal) a Guillermo Tell. Thomas Griffiths Wainewright envenenó a su cuñada (y se sospecha que también a su tío, a su suegra y a un amigo). Joan Salvat-Papasseit fue estibador del muelle de Barcelona y murió tísico a los treinta años. Roque

Dalton fue asesinado por sus propios compañeros revolucionarios. Jean Genet alardeaba de ser vagabundo, ladrón y chapero. Alfonso Vidal y Planas asesinó a Luis Antón del Olmet. Kenneth Halliwell, a Joe Orton, de nueve martillazos en la cabeza (para luego suicidarse). Félix Romeo estuvo preso por negarse a hacer el servicio militar. Álvaro Mutis, por malversación. Chester Himes, por atracar a dos ancianos a mano armada. David González, por atracar un banco (en otra acción, agredió a dos policías con un paraguas). Wilfred Owen murió en combate, con veinticinco años, una semana antes de que se declarara el armisticio en la Primera Guerra Mundial. Pierre Drieu de la Rochelle, Maurice Sachs y Robert Brasillach colaboraron con los nazis. Ezra Pound lo hizo con el régimen de Mussolini y luego pasó varios meses en una jaula, en el patio de un campo de prisioneros estadounidense, hasta que fue juzgado, declarado loco y recluido doce años en un hospital mental. Louis-Ferdinand Céline escribió panfletos antisemitas. Primo Levi fue enviado a Auschwitz y se tiró por el hueco del ascensor treinta y dos años después, incapaz de soportar la culpa de haber sobrevivido. Vsévolod Garshin prefirió el hueco de la escalera para matarse a los treinta y tres años. Mary Shelley perdió a su marido, Percy B. Shelley, abogado, y a tres de sus cuatro hijos, sufrió múltiples enfermedades y murió de un tumor cerebral a los cincuenta y tres años. Tolstói, Hermann Hesse, Mark Twain, Lovecraft, Kierkegaard, Foucault, José María Arguedas y William Styron eran depresivos. Alfonso Cortés, esquizofrénico. Dostoyevski, Dickens y Machado de Assis, epilépticos. El marqués de Sade pasó más tiempo en la cárcel que fuera, por sus numerosos escándalos, y murió en el asilo de Clarendon, arruinado física y mentalmente. Marina Tsviétaieva pasó catorce años en el exilio y se suicidó después de que fusilaran a su marido y detuvieran a su hija y su hermana. Ana Ajmátova también vivió el fusilamiento de su primer marido y la deportación de su hijo a Siberia en dos ocasiones, vio cómo se incluían todos sus libros en el índice de libros prohibidos, y fue acusada de traición y deportada. Gabriel Ferrater había dicho que nunca olería a viejo y cumplió su palabra, a los cuarenta y nueve años, ingiriendo pastillas y envolviéndose la cabeza con una bolsa de *El Corte Inglés*. Imre Kertész, Jean Améry y Tadeusz Borowski fueron deportados a Auschwitz; Kertész y Améry, también a Buchenwald; Améry, finalmente a Bergen Belsen. Neruda abandonó a una hija aquejada de hidrocefalia, a la que llamaba «el monstruo de tres kilos», y contó en sus memorias que había violado a una criada ceilanesa. María Luisa Bombal estu-

vo a punto de matar a tiros a un antiguo amante (y sufrió cárcel por ello). César González-Ruano estafaba a los judíos que querían huir del París ocupado por los nazis y traficaba con sus bienes. Dino Campana murió de la sepsis que le produjo una herida con el alambre de púas que rodeaba el hospital mental donde estaba recluido y del que había intentado fugarse. Roberto Bolaño fue vigilante nocturno de un *camping* barcelonés. Charlotte, Emily y Anne Brontë, Caterina Albert, Cecilia Böhl de Faber, Amantine Dupin, Mary Anne Evans y Karen von Blixen-Finecke adoptaron seudónimos masculinos para publicar sus obras. Jane Austen lo hizo de forma anónima, y Colette, con el nombre de su marido. Heidegger fue miembro del partido nazi desde 1933 hasta 1945 y rector de la Universidad de Heidelberg bajo el nazismo. Cesare Pavese se suicidó ingiriendo el contenido de dieciséis frascos de somníferos, a los cuarenta y dos años, tras recibir un premio literario por su novela *El bello verano*. Quevedo, cojo y miope, era putero, borracho (Góngora lo llamó Francisco de *Quebebo*), misógino, racista, antisemita, pendenciero e insultador. Joseph Ponthus trabajó en mataderos y plantas de procesamiento de marisco y pescado. Adriano del Valle saqueó la biblioteca de la revista y editorial Cruz y Raya cuando su director, José Bergamín, partió al exilio, y Félix Ros hizo lo propio con la de Juan Ramón Jiménez cuando este y su mujer, Zenobia, abandonaron España. A Gregorio Martínez Sierra le escribió todas sus obras —más de un centenar— su esposa, María de la O Lejárraga. Pedro Luis de Gálvez iba por las tabernas de Madrid sableando a los amigos con el cadáver de su hijo en una caja de zapatos. Durante la Guerra Civil, Camilo José Cela se ofreció por carta como delator al comisario general de Investigación y Vigilancia. Jorge Folch murió ahogado en un conducto subterráneo de Barcelona en el que le gustaba sumergirse. Antonio Machado, huyendo de Franco, cruzó a pie la frontera con Francia, con su madre octogenaria y enferma, y murió en Colliure dos días antes de recibir una carta de la universidad de Cambridge en la que se le ofrecía un puesto de profesor. Reinaldo Arenas fue internado en campos de trabajo en Cuba por ser homosexual, se sumó al Éxodo del Mariel haciéndose pasar por Reinaldo Arinas, contrajo el SIDA y se quitó la vida en Nueva York con un cóctel de pastillas y *whisky*. André Malraux llamaba a su odiada hija Florence «el objeto». Jack London fue vagabundo, estuvo preso, trabajó en un molino de yute, hizo jornadas de doce a dieciocho horas en una fábrica de conservas, robó ostras, cazó focas, traficó con opio, porteó carga en la fiebre del oro de Alaska, padeció escorbuto y acabó

suicidándose. Osamu Dazai intentó matarse cuatro veces, hasta que a la quinta lo consiguió. Florbela Espanca, dos, y a la tercera fue la vencida. Inge Müller tuvo éxito a la cuarta. Lucia Berlin, con cuatro hijos a su cargo, fruto de tres matrimonios diferentes, fue recepcionista en un consultorio de ginecología, ayudante de enfermería en la sala de urgencias de un hospital y limpiadora. Max Jacob murió en el campo de concentración nazi de Drancy; Irène Némirovsky, en Auschwitz; Benigno Bejarano, en Neuengamme. Verlaine le pegó un tiro a su amante Rimbaud en una mano y pasó dos años en la cárcel. César Vallejo fue encarcelado en Perú por orden de un juez venal que defendía los intereses de las compañías agrícolas y mineras contra cuyas injustas condiciones de trabajo protestaban Vallejo y otros jóvenes socialistas. John Cornford, Ralph Fox, Christopher Caudwell, Charles Donnelly y Julian Bell murieron luchando por la República en la Guerra Civil Española. Antonieta Rivas Mercado —abandonada por su madre a los trece años y a quien su marido le había quemado la biblioteca porque juzgaba que una señora no debía leer (ni mucho menos escribir), sino ocuparse de las tareas de casa— se sentó en un banco de la catedral de Notre Dame y se disparó en el corazón. A Saint-John Perse las autoridades de Vichy lo privaron de la nacionalidad francesa, y la Gestapo allanó su domicilio en París y destruyó cinco poemarios manuscritos inéditos. Roberto Saviano vive desde 2006 amenazado por la mafia, lo protegen las veinticuatro horas cuatro guardaespaldas y ha de cambiar constantemente de domicilio. Unamuno fue desterrado a Fuerteventura por el general Miguel Primo de Rivera. Blaise Cendrars se alistó en la Legión Extranjera francesa y perdió el brazo derecho, con el que escribía y tocaba el piano, en la Primera Guerra Mundial. Walter Benjamin se suicidó en Portbou cuando, huyendo de los nazis, la policía española no le permitió cruzar la frontera. María Zambrano hubo de abandonar Roma por la denuncia de un vecino, que se quejaba de las molestias que causaban los doce gatos que tenía en casa. Ángel Ganivet se tiró desde un barco al río Duina, pero fue rescatado por los tripulantes de otro barco; en un descuido de estos, volvió a arrojar al mar, esta vez con éxito. Richard Gwyn fue albañil, ayudante en una tienda de muebles (donde perdió los dedos de la mano izquierda) y repartidor de leche, y vagó muchos años por Europa, viviendo en la calle, dado al alcohol y las drogas. A Ubaldo Olivero, que había estado en la cárcel en Cuba por robar en una casa, le dio una paliza y le destrozó una pierna un grupo de cubanos castristas con los que se peleó en Barcelona, y se quedó

cojo. Miguel Servet fue quemado en la hoguera por los seguidores de Calvino. Giordano Bruno y Diego de Enzinas fueron achicharrados en Roma por el Santo Oficio. Saint-Exupéry cayó al mar en un vuelo de reconocimiento en la Segunda Guerra Mundial. Antonio Gamoneda, huérfano de padre, empezó a trabajar con catorce años como meritorio y recadero en un banco de León. Dalton Trumbo pasó once meses en la cárcel y tuvo que exiliarse en México porque no se le permitía trabajar en Hollywood por sus ideas supuestamente comunistas. Salvador Dalí le mandó a su padre, notario, una carta con una mancha de semen y la siguiente frase: «Te devuelvo todo lo que te debo». Pietro Aretino y Julián del Casal murieron de sendos chistes: el ataque de risa que sufrió el primero le produjo una apoplejía, y el que le dio al segundo, un aneurisma. Christopher Marlowe murió en una reyerta de taberna (le clavaron un cuchillo en el ojo, que le alcanzó el cerebro). Sherwood Anderson, por una peritonitis causada por un palillo de dientes (de un *martini*) que se había tragado. Julien Offray de la Mettrie, por un atracón de paté de trufas. Esquilo, descalabrado por un caparazón de tortuga que un águila (o un halcón) dejó caer sobre su cabeza. Li Po, ahogado en el Yangtzé cuando, borracho, intentaba abrazar el reflejo de la luna. Rosario Castellanos y Thomas Merton, electrocutados: ella, por una lámpara al salir del baño; él, por un ventilador al salir de la ducha. Stieg Larsson, por un infarto causado por subir corriendo los seis pisos de un edificio en el que el ascensor no funcionaba. A Hipatia hordas cristianas la desnudaron, la golpearon con tejas hasta descuartizarla y pasearon sus restos por el pueblo. A Gustav Kobbé le cayó encima un hidroavión. Emily Dickinson pasó los últimos quince años de su vida recluida, por voluntad propia, en casa de su padre. Luis Criscuolo, cirrótico, decidió matarse bebiendo coñacs: lo consiguió al decimoséptimo. François Villon, ladrón y asesino, fue torturado y condenado a la horca, pero se le conmutó la pena de muerte por la de destierro y no volvió a saberse de él. Raymond Radiguet y Arturo Borja Pérez murieron a los veinte años; Thomas Chatterton, a los diecisiete; Félix Francisco Casanova, a los diecinueve; John Keats y Karoline von Günderrode, a los veintiséis; Alain Fournier y Dolores Veintimilla, a los veintisiete; Anna Frank, a los quince; el conde de Lautréamont y Manuel Acuña, a los veinticuatro; Andrés Caicedo, a los veinticinco; Bernardo Couto Castillo, a los veintidós. Knut Hamsun le regaló su medalla del premio Nobel a Joseph Goebbels y fue recibido por Hitler. Leopoldo Panero pegaba a su mujer y a sus hijos. Anne Perry mató, con quince años, a la

madre de su mejor amiga golpeándole cuarenta y cinco veces la cabeza con un ladrillo envuelto en una media. Josep Pla fue espía de Franco. Christa Wolf colaboró con la Stasi. Alfredo Bryce Echenique fue condenado por plagiar dieciséis artículos periodísticos y Arturo Pérez Reverte, por hacerlo propio con el guion de la película *Gitano*, de Antonio González-Vigil. A Lucía Etxebarria la denunciaron por presentar versos de Antonio Colinas como propios en uno de sus libros. Gerard Manley Hopkins destruyó una buena parte de su obra, escandalizado con ella, tras una conversión religiosa. Tom Kramer pasó cinco años, durante la Gran Depresión, deambulando por albergues, vías de ferrocarril, descampados y pensiones de mala muerte. Víctor Hugo Viscarra, treinta sobreviviendo a la miseria, el alcohol y las palizas de la policía en las calles de La Paz. Néstor Sánchez, esquizofrénico, catorce errando por el mundo, tras abandonar a su hijo de nueve años, hasta acabar en las calles de Nueva York. A Garcilaso de la Vega lo descalabraron de una pedrada en el asalto a la fortaleza de Le Muy, Francisco de Aldana pereció asaeteado en la batalla de Alcazarquivir y a José Cadalso le reventó la cabeza la metralla de un obús en el asedio a Gibraltar. Miguel Delibes daba clases en la escuela de peritos mercantiles. Harold Norse fue violado por dos marineros británicos en Central Park. Ingrid Jonker se suicidó arrojándose al mar; cuando se lo dijeron a su padre, que había sido ministro de la Censura en el gobierno sudafricano, respondió: «Por lo que a mí respecta, pueden volver a tirarla al mar». Jesús Galíndez fue rapado en Nueva York y asesinado en la República Dominicana por orden del dictador Rafael Leónidas Trujillo. Santa Teresa de Jesús, Molière, Thoreau, Bécquer, Katherine Mansfield, Novalis, Chéjov, Tristan Corbière, Aloysius Bertrand, Jules Laforgue, Porfirio Barba Jacob, Panait Istrati y Màrius Torres murieron de tuberculosis. Dan Anderson falleció por inhalar el cianuro de hidrógeno con el que habían fumigado el hotel en el que se alojaba. Valérie Valère sufrió anorexia. Sándor Marái se suicidó después de que sus tres hermanos, su mujer y su hijo murieran en el lapso de un año y medio. La Guardia Roja de Mao apaleó hasta la muerte a Lao She, que había sido acusado de «derechismo». Un gato se comió el corazón del cadáver de Thomas Hardy. El frasco que contenía el cerebro de Walt Whitman se le cayó al médico que lo estaba manejando y los sesos del poeta se esparcieron contra el suelo. Gógol arrojó al fuego la segunda parte de *Almas muertas* antes de dejar de comer y morir de inanición. Juan Ramón Jiménez compraba (y robaba) todos los ejemplares que podía encontrar de sus dos

primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, de los que se sentía avergonzado. Robert Musil falleció antes de acabar *Historia de las ideas*, en la que había trabajado veinte años. También Virgilio murió antes de terminar la *Eneida* (y le pidió al emperador Augusto que destruyera lo que había escrito; el César no lo hizo). Ernst Weiss se cortó las venas al ver a las tropas nazis entrar en París desde la ventana de su hotel. Marcel Proust se batió en duelo con Jean Lorrain, que había dicho que su libro *Los placeres y los días* era pestilente y que Proust era homosexual. Dragos Protopopescu se hizo decapitar por un ascensor. Vicente Huidobro viajó a París en barco con su familia y la vaca Jacinta para disponer en Francia de leche fresca y de confianza; a su vuelta a Chile, embarcó 300 ruiseñores con los que quería alegrar los cielos de Sudamérica, ninguno de los cuales sobrevivió a la travesía. María Kodama, la viuda de Borges, obligó a retirar del mercado *El hacedor (de Borges)*. *Remake*, de Agustín Fernández Mallo, un homenaje al escritor argentino. Al estallar la Guerra Civil, Emilio Carrere se refugió en un sanatorio mental para que no lo *pasearan* los milicianos, y pasó entre locos el conflicto. Gustave Flaubert fue denunciado y juzgado por la inmoralidad de *Madame Bovary*, se arruinó por la administración negligente de sus bienes, intentó suicidarse y murió de un derrame cerebral. Philip Roth, William Wordsworth, Scott Fitzgerald, José Antonio Ramos Sucre, Susan Sontag, Vladimir Nabokov y Percy B. Shelley fueron insomnes. André Chénier fue guillotinado durante el periodo del Terror de la Revolución Francesa. Stalin y Mao Tse-Tung escribieron poemas. Hitler, un libro. Franco, el guion de una película. Ted Hughes conoció el suicidio de su mujer, Sylvia Plath, y, seis años después, el de su segunda esposa, Assia Wevill —con la que había engañado a Plath—, que también asesinó a su hija, de cuatro años. José Rizal fue condenado por traición en Manila y fusilado por la Guardia Civil. Victoria Amelina murió por un misil ruso lanzado contra Kiev durante la guerra de Ucrania. Rafael Sánchez Mazas sobrevivió a un fusilamiento en masa en la Guerra Civil española. Mario Vargas Llosa derribó de un puñetazo a Gabriel García Márquez por cuchichearle una proposición indecente a su mujer. Demóstenes se afeitaba la mitad de la cabeza para que le diera vergüenza salir a la calle y pudiese seguir escribiendo. Dickens hacía lo mismo, pero con la barba. Fernando Villalón se arruinó intentando criar una raza de toros bravos de ojos verdes. Philip K. Dick tenía alucinaciones y visiones místicas. William Blake hablaba con los ángeles. John Steinbeck fue empleado de una piscifactoría. Stephen King hacía turnos de

hasta veinte horas en una fábrica textil. Dionisio Ridruejo, Manuel Machado y Eduardo Marquina escribieron poemas en alabanza de Franco; los tres, junto con Gerardo Diego, Eugenio d'Ors, Luis Rosales, Álvaro Cunqueiro y Pedro Laín Entralgo, también loaron en verso a José Antonio Primo de Rivera. Fernando Arrabal acudió a una tertulia de televisión completamente borracho. Clarice Lispector se durmió con un cigarrillo encendido, que provocó un incendio en su dormitorio: sufrió graves quemaduras y le quedó tullida la mano con la que escribía. Ingeborg Bachmann vio arder su casa por un cigarrillo mal apagado y murió tres semanas después en un hospital. Francisco Umbral —a quien se le había muerto un hijo con cinco años— tiraba los libros que no le gustaban a la piscina de su casa. Ramón Gómez de la Serna daba conferencias subido a un trapecio o a una farola, o se comía una vela. Nicolas de Chamfort, perseguido durante el periodo del Terror, se intentó matar de un pistoletazo, pero no lo consiguió; luego, se apuñaló repetidamente con un cortapapeles, por cuyas heridas falleció al cabo de cuatro meses. Arthur Cravan se enfrentó en Barcelona al campeón del mundo de boxeo de los pesos pesados, Jack Johnson, que lo derribó en el sexto asalto, aunque habría podido hacerlo en el primero si no hubieran pactado una duración mínima del combate para que pudieran filmarlo y exhibirlo comercialmente (meses después, se enfrentó al francés Franck Hoche, pero Cravan, que se había presentado borracho al combate, abandonó en el primer asalto). Mário de Sá-Carneiro se tomó, con veintiséis años, cinco frascos de arseniato de estricnina. A Lewis Carroll le gustaban las niñas. Rudolf Tésnohlídek se casó tres veces: su primera mujer se mató de un tiro delante de él (y fue acusado de asesinarla); la segunda lo abandonó; y la tercera se gaseó cuando supo que él se había quitado la vida de un tiro en el corazón, imitando a su primera esposa. Juan Carlos Onetti pasaba la mayor parte del día en la cama, donde comía, leía, escribía y dormía. Ryūnosuke Akutagawa dijo *bonyaritoshita fuan*, que significa «sombrió desasosiego», y se suicidó con veronal. Al veronal recurrió asimismo Teresa Wilms Montt para quitarse la vida, a los veintiocho años. Victor Hugo —que tuvo dos hijas, la primera de las cuales, Léopoldine, se ahogó en su viaje de bodas (y también su marido, Charles, intentando salvarla), mientras que la segunda, Adèle, se volvió loca persiguiendo por el mundo durante diez años al hombre del que estaba enamorada, un oficial británico, y vivió después ingresada en un psiquiátrico hasta su muerte— frecuentaba los burdeles de París: cuando falleció, numerosas prostitutas de la ciudad

acudieron a su entierro con un crespón negro en los genitales. También James Joyce tuvo una hija, esquizofrénica, que vivió gran parte de su vida, y murió, en un hospital psiquiátrico. Kakwenza Rukirabashaija fue detenido y torturado, y tuvo que exiliarse, por llamar en las redes sociales «obeso» y «cascarrabias» al comandante del ejército de tierra ugandés e hijo del presidente del país. Truman Capote refería en sus libros sangrantes intimidades de sus amigos, que inmediatamente pasaban a ser sus enemigos. John Berryman, cuyo padre se había suicidado cuando él tenía diez años, se quitó la vida tirándose por un puente en Minnesota. Sergio Ramírez y Gioconda Belli fueron desposeídos de la nacionalidad nicaragüense y tuvieron que exiliarse por sus críticas al régimen sandinista de Daniel Ortega. Anna Politkóvskaya murió acribillada por agentes de Vladimir Putin en el ascensor del edificio donde residía en Moscú, tras haber sobrevivido a un arresto y un envenenamiento. Bernard Maris fue asesinado por dos integristas islámicos en el local de la revista *Charlie Hebdo*, en París. Bruno Schulz, por la Gestapo. Jonathan Swift, esquizofrénico y depresivo, padeció también la enfermedad de Ménière. Yeats se comunicaba con los espíritus por medio de la escritura automática. Herman Hesse fue ingresado en una clínica mental a los quince años. Jordi Royo padeció esclerosis múltiple. Camilo Castelo Branco fue juzgado por adulterio y pasó un año en la cárcel; luego sufrió un accidente de tren, que le estropeó la vista: incapaz de soportar la idea de quedarse ciego, se mató de un tiro en la sien. El miedo a la ceguera, tras otro accidente, llevó también a Henry de Montherlant al suicidio, con cianuro y, por si el veneno fallaba, con un disparo en la boca. Jack Henry Abbott, hijo de una prostituta china, preso desde los dieciséis años y condenado por asesinato, salió de la cárcel gracias a la mediación de Norman Mailer y otros escritores, apuñaló un camarero a las seis semanas y volvió a prisión, donde se suicidó. Aleister Crowley, que había pertenecido al Templo de Isis-Urania de la Orden Hermética del Alba Dorada, a la organización ocultista Astrum Argentum y a la sociedad secreta Ordo Templi Orientis, escribía lo que le comunicaba una inteligencia no humana llamada Aiwass. James Mathew Barrie no alcanzaba el metro y medio de altura. Hans Christian Andersen, disléxico, aquejado del síndrome de Tourette y extraordinariamente feo, murió a resultas de las heridas que se produjo al caerse de su propia cama. Teresa de Cartagena, Eugenie Marlitt, Dorothy Miles e Yvonne Pitrois fueron sordas. Hellen Keller, sordomuda y ciega. Julio Verne padecía una parálisis facial irreversible, fruto de los trastornos ner-

viosos y la mala alimentación. Juan Marsé dejó de estudiar y entró a trabajar en una joyería a los trece años. Mientras escribía *El capital*, Karl Marx se pasaba días sin salir de casa porque su mujer había tenido que empeñar su ropa para comprar comida. Rabelais dispuso en su testamento: «No tengo nada. Debo mucho. El resto se lo dejo a los pobres». Juan José Arreola violó, dejó embarazada y abandonó a Elena Poniatowska (y al hijo que tuvo de él). Robert Byron murió cuando el carguero en el que viajaba fue torpedeado por un submarino nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Nietzsche cayó en la locura después de abrazar el cuello de un caballo que estaba siendo maltratado por un cochero en Turín. El padre de Jules Renard se suicidó; su hermano Maurice murió, tres años después, de un infarto; y su madre se precipitó fatalmente a un pozo en el jardín de su casa. Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir utilizaron como juguete sexual a la estudiante judía Bianca Bienenfeld y la abandonaron a su suerte cuando los nazis ocuparon Francia. Laura Ingalls Walter, la autora de *La casa de la pradera* —que escribió a los 65 años—, vio en pocos años morir a su hijo pequeño, quedarse paralítico a causa de una difteria a su marido, arder accidentalmente su casa y su granja, y arruinarse a la familia a consecuencia de una sequía pertinaz. Wittgenstein arrastró el manuscrito del *Tractatus logico-philosophicus* por el barro de las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Juan Ruiz de Alarcón era jorobado y probablemente patizambo. Haroldo Conti, Roberto Santoro, Miguel Ángel Bustos, Ana María Ponce y Marcelo Gelman —hijo de Juan Gelman— fueron secuestrados y *desaparecidos* por la dictadura militar argentina. Rodolfo Walsh murió tras un tiroteo con un grupo de tareas de la siniestra Escuela de Mecánica de la Armada, que hizo desaparecer su cuerpo. Francisco Urondo falleció por estallido de cráneo, provocado por un culatazo de fusil que le propinó un policía. Christy Brown y Gabriela Brimmer sufrieron parálisis cerebral. Alexander Pope y Giacomo Leopardi, el mal de Pott. Harper Lee fue teleoperadora de una compañía aérea. Chuck Palahniuk, mecánico de motores diésel. Amos Oz fue acusado por su hija Galia de maltratarla cuando era niña. El general Hugo Bánzer quemó en la plaza pública la biblioteca entera de Néstor Taboada, que luego sería encarcelado y, por fin, marcharía al exilio. También ardieron, en piras nazis, los libros de Thomas Mann, a quien se le despojó de la ciudadanía alemana. Heinrich von Kleist, tras constatar el fracaso de su última obra, *El príncipe de Homburg*, le descerrajó un tiro en el pecho a su compañera y musa, Adolphine Vogel, y luego a sí mismo. Ahmed Naji

fue condenado a dos años de cárcel por publicar en Egipto una novela con escenas eróticas y menciones a las drogas. Faulkner vendió sellos y expidió cartas en una oficina de Correos. Raúl Zurita fue encerrado y torturado en las bodegas de un carguero durante la dictadura del general Pinochet. Luis Sepúlveda, Josep Maria Benet i Jornet, Ernesto Cardenal, Amparo Dávila, Carlos Ruiz Zafón, Rubem Fonseca, Rodrigo Pesántez Rodas, Yu Lihua, Ciro Pessoa, Olga Savary y Géza Szöcs murieron de covid. Carson McCullers sobrevivió a un intento de quitarse la vida, pero su marido, obsesionado con un supuesto pacto suicida, se mató poco después. Frederick Douglas y Anton de Kom fueron esclavos. Miguel Primo de Rivera ordenó que Mercedes Pinto fuese desterrada a Bioko por haber impartido en la Universidad de Madrid la subversiva conferencia «El divorcio como medida higiénica». James Rhodes fue violado, desde los cinco años, por un profesor de su colegio en Inglaterra. Jorge Edwards y Alejandro Palomas lo fueron por sacerdotes de los colegios donde estudiaban: el primero, a los once, en Chile, y el segundo, a los ocho, en España. Junot Díaz también fue violado cuando tenía ocho años. A Flora Tristán la maltrató e intentó asesinarla, disparándole en plena calle, su marido, el propietario del taller de litografía en el que había entrado a trabajar con dieciséis años. Guy Gilpatric decidió suicidarse con su esposa cuando supieron que ella tenía cáncer de mama. También Arthur Koestler, enfermo de párkinson y cáncer, se suicidó con su mujer. Y Stefan Zweig con la suya, en Brasil, convencidos ambos de que el nazismo iba a dominar el mundo: los encontraron abrazados en la cama, con sendos vasos de veneno en las mesitas de noche. Lucano y Petronio participaron en una conjura fallida contra Nerón y optaron por cortarse las venas. Georg Trakl cometió incesto con su hermana; Lord Byron, con su hermanastra. Hanif Kureishi y Antonio Cabrera se partieron la columna vertebral y se quedaron tetrapléjicos: el primero, por una caída, y el segundo, por dar de cabeza contra una pared cuando jugaba a fútbol con unos niños. Arthur Conan Doyle practicó el espiritismo y defendió la veracidad de patrañas como las de las hadas de Cottingley. A David Goodis le dieron una paliza cuando se resistió a que le robaran y murió unos pocos días después de un infarto cerebral. A Jean-Jacques Rousseau y T. E. Lawrence les gustaba que les pegaran. Kostas Kariotakis quiso suicidarse ahogándose en el mar, pero, como era un buen nadador, no lo logró: tras diez horas afanándose por morir, las corrientes marinas lo devolvieron a la orilla; regresó a su casa, descansó un rato, se vistió de nuevo, compró una pistola, se fue a un café a

fumar y a escribir una nota en la que desaconsejaba a los que quisieran suicidarse que se tirasen al mar, y por fin volvió a la playa, donde se sentó a la sombra de un eucalipto y se mató plácidamente de un tiro. T. S. Eliot se pintaba la cara de verde para escribir. Schiller ponía manzanas podridas en su escritorio. Carolina Coronado era cataléptica y *falleció* varias veces. Vicente Gallego fue repartidor, «gogó» de discoteca, podador de pinos y empleado en un vertedero municipal. Voltaire fue encarcelado y desterrado varias veces por sus escritos irrespetuosos con el rey, los nobles y la Iglesia. Hölderlin padecía esquizofrenia catatónica y vivió recluido en la casa de un admirador los últimos treinta y seis años de su vida. Miguel Ángel Velasco experimentó con la ketamina, el éxtasis, el 2C-B, la ayahuasca, la mezcalina, la yurema, la heroína y, sobre todo, el LSD; murió a los cuarenta y siete años. Ciro Alegría también falleció súbitamente, de un infarto, mientras hacía el amor con su esposa, una poeta cubana. Arthur Miller abandonó en una institución para enfermos mentales a un hijo con síndrome de Down, al que ni siquiera menciona en sus memorias. Bertolt Brecht fue perseguido por los nazis —que quemaron sus libros— en Alemania y por el Comité de Actividades Antiamericanas en los Estados Unidos. Romain Gary se quitó la vida un año después de que lo hiciera su mujer, la actriz Jean Seberg. Rafael Alberti, Miguel Hernández, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Paul Éluard y Jorge Semprún escribieron poemas a Stalin. William Henry Davis vagabundó por Inglaterra, los Estados Unidos y Canadá, perdió un pie cuando intentaba subirse a un tren que se dirigía al Klondike para sumarse a la fiebre del oro, y regresó a Londres, donde se dedicó a la venta ambulante. Zelda Fitzgerald murió abrasada en la habitación del hospital psiquiátrico donde esperaba que le aplicaran electrochoques para combatir su esquizofrenia y otros problemas mentales; el incendio, que se había desatado en la cocina del centro y propagado a todo el edificio, consumió también los manuscritos de sus novelas...

64 aforismos^x

Los amores de antes son exactamente eso: pasados.

Volver a empezar, te dices: una fórmula elegante de confesar tu fracaso.

Prefiero ser un ingenuo a ser un cínico. Aunque mucho me temo que me irá peor.

Un auténtico y sincero autorretrato no se ahorraría el gesto de escupirse a la cara.

¿Y no sería mejor decir de algo que merece la alegría?

Todo lo que se coge con alfileres deja siempre alguna gotita de sangre tras de sí.

Si no son clavos lo que golpeas, deberías dejar el martillo quieto.

Por muy lejos que estén en el tiempo, los viajes épicos son recientes para siempre cuando los recordamos.

Cuando alguien te exige rendir cuentas lo que en verdad espera es que te rindas del todo.

Ser anónimo en soledad.

^x Forman parte de un libro inacabado, provisionalmente titulado *Guadianescas*.

Esos días en los que uno, por salud mental, debería emigrar de sí mismo.

Lo que fue bello una vez lo es ya para siempre en el recuerdo.

Ese inconcreto sabor como a metal en la boca de cuando fracasas.

La sutil y sin embargo contundente elocuencia de un silencio lanzado a tiempo.

Ser un poco misántropo de cuando en cuando nos evitaría muchos sinsabores.

Mi mayor certeza, si no la única, es este saco de dudas y deudas que llamo conciencia.

Acurrucado en sí mismo, casi fetal, el silencio resiste.

Si pretendes pregonar, mira de tener el granero lleno.

Autobiografía y mentira suelen ser sinónimos.

Primero me tiraron de la lengua; después tiraron la lengua.

Si siempre son tus convicciones más inamovibles las que determinan tus actos, estás apenas a unos pasos de caer en la más rotunda de las majaderías.

Esas ausencias imprevistas que nos dejan indefensos.

Hay quien se para a pensar y cae no en la cuenta sino en la cuneta.

Tenía tan poca costumbre en hacerlo que a las primeras de cambio se lesionó pensando.

Los tontos de capirote, no contentos con su idiotez, encima tienen mal gusto.

Se sabe que el talento existe, pero resulta ya tan infrecuente toparse con él que parece estar en proceso de extinción.

El rencor es la caries del alma: sin que apenas lo notes te va pudriendo por dentro.

¿Existió alguna vez un tiempo en el que las cosas fueran exactamente lo que parecían?

Hay matrimonios a los que ya desde el día de la boda se les ve la viudez en los rostros.

Nos encontramos mucho más cómodos alrededor de las hipótesis que en compañía de las certezas.

Se impuso de penitencia no volver a pisar una iglesia. Y funcionó.

Ese alegre por oficio, tan infeliz en el fondo.

Cuando me formo una opinión muchas veces no sé qué forma darle.

Igual a castillos de naipes o arena, los dogmas de fe se vienen abajo con estrépito al primer soplo de la razón.

Viejas rencillas, siempre germinando.

Mezcla orgullo y vanidad, añade un puñado de soberbia, condimenta con una pizca de desdén, agita todo unos instantes... y obtendrás la quintaesencia del estúpido.

Pues yo tampoco tengo la razón y no me importa.

La limosna hiere dos manos de manera simultánea.

No todas las púas sirven para tocar el laúd: algunas pueden sacarte los ojos; otras, envenenarte la sangre.

Cuando utilizamos nombres de animales en el insulto asoma la garra torva de la bestia que somos, nuestra miseria moral.

La última gota que colma el vaso también es la primera que escapa de su encierro mostrando el camino a las demás.

Cuando el pasado me interroga envió la pregunta al futuro.

El caos, ese pariente insurrecto del azar.

Tal y como lo estamos dejando, visto en lo que lo hemos convertido, el mundo es el peor lugar para vivir.

Tengo terror a tener miedo.

Hay quien piensa que para ser basta con existir.

Siempre es demasiado tarde para algo, para alguien.

Una de dos: o los dioses no nos han hecho caso nunca o bien nos han dejado por imposibles.

Y con el simple pasar del tiempo a la barbarie llamaron tradición.

De la brutalidad de exprimir una naranja, la delicadeza de su jugo.

Sin saber si sí o no y como a punto de cruzar una frontera; así siempre.

Balbuceo aforismos con la vaga ilusión de que se me entienda.

Nacionalismo: estupidez, aledaña con el horror, que se ejerce contra el resto de la humanidad.

Me reiría con más frecuencia de mí mismo si no fuera porque lo que me doy casi siempre es mucha pena.

Al igual que el porche pertenece a la casa, la antesala del horror también es parte del horror.

Libros como enormes pajares sin una mísera aguja con la que pincharse.

Me carcome la impaciencia por saber qué viejo error cometeré hoy de nuevo.

El pájaro gris, ceniciento, mudo, de la angustia.

Acorralado. ¡Qué palabra tan de verdad para la inmensa mayoría!

En la mirada del mendigo caben todas nuestras derrotas.

Un hombre enfrentado al espejo. Mal asunto: uno de los dos acabará hecho añicos.

No me parece mal sitio la intemperie a veces para estar a cubierto.

Empiezan tratándote de usted y en cuanto bajas un poco la guardia te faltan al respeto.

Aforismo, rumor del pensamiento.

Motivos de asombro

CUADROS DE UNA EXPOSICIÓN

A menudo sueño con museos. Nada más lejos de la naturaleza magmática del sueño que esas grandes galerías civiles, proyecto ilustrado para imponer una apariencia de orden a los desbordamientos de la imaginación. Son sueños sin angustia, peculiarmente acogedores. No es de extrañar, he pasado en ellos horas deliciosas de todas las maneras posibles: sobrio, drogado y enamorado.

Evitando si se puede las aglomeraciones de visitantes, me gusta su silencio solo roto por susurros (a veces pienso en qué es lo que flota en el aire de las salas vacantes durante la noche), el lento deambular de uno a otro asombro.

En las antípodas de la compulsiva acumulación de imágenes en las redes, hay algo grato en esa lenta itinerancia, que crea una disposición benévola de las propias facultades de comprensión y emoción. El placer de encantarse ante algún detalle de una obra ante la que nadie se detiene —una casa con las ventanas encendidas en una montaña del Paraíso, en la National Gallery—, la conmoción casi física al enfrentarse a pinturas cuya reproducción gráfica no da la medida de su grandeza, el reencuentro amistoso con el cuadro que hace años que no visitábamos, siempre el mismo, siempre otro.

El buen anarca, de Duchamp a Thomas Bernhard, los desprecia roussonianamente como símbolo de lo establecido, de aquello que domestica las virtudes salvajes de la creación. Cada cuadro colgado de la pared, con su placa identificativa, es un milagro asesinado, evoca las mariposas clavadas con un alfiler en la muestra del entomólogo. Esterilidad de catálogo, mero residuo petrificado de lo que fue vivo, ligero, significativo.

No le falta razón, la acumulación de obras de arte tiene algo de heráldica del poder y sus grandes proyectos ideológicos. También las hace víctimas

mercantilizadas de hordas de visitantes haciendo fotografías con sus móviles, en un fervor trivial peor que mil olvidos.

Pero cuánto consuelo hemos encontrado en sus salas, cuánto alimento para la imaginación, cuántas reservas de espíritu para las grandes, áridas travesías de la soledad. En tiempos de guerra se despliegan conmovedores esfuerzos para proteger sus tesoros, porque se está salvando la memoria de la especie. Ventanas prodigiosas hechas de pigmentos molidos, aceites, tablas y lienzos, por las que entran los vientos del tiempo, que nos explican qué fuimos y con qué soñamos. Cada museo que arde es como un ictus en nuestro cerebro colectivo.

Se me ocurre pensar que si ahora sueño con ellos es porque a partir de cierta edad nuestro pasado adquiere rasgos museísticos. Los recuerdos aparecen enmarcados, clasificados, interpretados, quizás de forma fraudulenta. El dolor o la vergüenza suavizan sus aristas y así paseamos complacidos a lo largo de nuestra vida, intentando todavía encontrar un sentido. Aceptando.

Hasta que mudos celadores de uniforme nos avisen de que ha caído la noche y van a cerrar.

UN DIOS

En una playa solitaria en los confines del mundo, semioculta por la arena, hay una estatua quebrada, corroída por el salitre y los excrementos de aves marinas. Es una divinidad sin poderes y sin fieles que le rindan culto. Es el dios de las cosas que no pudieron ser, de los proyectos fracasados, de los animales depredados, de los pobres amantes sin esperanza que hicieron el ridículo, de los ahogados en el fondo del mar, de los niños muertos antes de siquiera atisbar las delicias del mundo, de los artistas sin talento, de los que conducen mal, de los muertos de hambre, de la lluvia sobre las cenizas, de aquellos a los que no les fue concedida la sal y el ingenio, de los soldados caídos el último día de guerra, de los perros con tres patas, de los feos, de los hombres y mujeres buenos que no follan y tiemblan en sus camas cuando cae la noche, de una mujer en mi barrio que pasa los días y las noches sentada en un banco, de los cantantes que desafinan, de los reclutas torpes, de las mascotas abandonadas, de los que se marean en los columpios, de Frank

Poole, el astronauta de 2001 que por toda la eternidad dará vueltas lentamente en el espacio, de los críos gorditos y mansos, de los gatillazos, de las cartas que no llegan a su destino, de los que despiertan cada mañana en una cárcel por un crimen que no cometieron, de los que pisan una mierda, de los curas sin fe, de los tontos del pueblo, mofa y befa de los niños crueles, de la *comic sans*, por todos despreciada, de los cornudos, de las ballenas varadas, de los que una mañana perdieron su pelo, de los cuchillos mellados, de los negocios en los que no entra nadie, de las máquinas que ya no funcionan, de las manchas de humedad en las paredes, de la camisa caída del tendedero a un patio inaccesible y que ve pasar los años, del frío que se cuela por las ventanas en la casa de los pobres, de los países que nunca levantaron cabeza, de la cebolla y el ajo, de los que ven sus obras rechazadas, del dolor de los niños, de la cerveza que se queda sin gas, de los que esperan un whatsapp que nunca llega, de los que resbalan en la acera y se dan un batacazo, de los dientes que se caen, de aquellos a los que hemos olvidado, de ti y de mí.

En este domingo destemplado le rezo una oración secreta y deposito ante su desmañada figura unas flores mustias, un bolígrafo sin tinta y un pájaro muerto.

VITUPERIO Y ELOGIO DE LA PUESTA DE SOL

El artista adolescente desprecia las puestas de sol como una forma de sublimidad para clases medias. El crepúsculo es el AOR del paisajismo, carne de redes sociales, belleza nacionalizada, inapelablemente democrática. A todos gusta y a todos se ofrece a diario, impregnando con la grandeza intemporal de las ruinas y los desiertos a polígonos industriales y tejados con antenas. El artista adolescente está demasiado preocupado por construir un yo como para abrirse a los módicos milagros del mundo y le lleva una vida empezar a abrir los ojos. Algunos jamás lo consiguen.

Lo que nos une suele ser más interesante que lo que nos singulariza. El paso del día a la noche, como el fuego o como las olas, es algo muy serio y abunda en efectos dramáticos. Las máquinas se paran, los pájaros se entregan a una última agitación antes de la calma, hay un relevo de los sonidos apenas perceptible de tan lento, premonición de silencio que anuncia el

cambio de escenario. ¡Y qué cambio! Un planeta da la espalda al sol y se enfrenta a las vastedades heladas de un universo inhóspito. Desaparecido el cielo azul, pura refracción, decorado tranquilizador, se nos revela la verdad desnuda, eternidades de vacío sin propósito. La noche de la ciudad moderna tiene una hiperrealidad insomne de set de televisión, pero basta con alejarse un poco para que incluso en las calles de los pueblos podamos todavía percibir el misterio de aquellas horas antiguas en que los hombres se entregaban a las perplejidades del sueño, las punzadas del remordimiento o las clandestinidades del amor, la conspiración y el crimen. Espíritus y depredadores campan a sus anchas por galerías, caminos y bosques.

Socorrida metáfora del fin de la vida, trivializada por empresas de pompas fúnebres y poetas con estatua en plaza pública, nos resistimos a creer que el sol desaparecerá para siempre, ningún crepúsculo es el último y todos llevan en sí la promesa especular del amanecer.

Ya el niño deja volar su imaginación ante esos cielos encendidos, poblados de formas cambiantes, entre cuyas incandescencias flotan islas de azules imposibles y turquesas efímeros. Siempre el mismo, siempre otro. Ni siquiera las decepciones de la edad adulta son capaces de atenuar su seducción. A la hora del crepúsculo no hay lugar en la tierra donde a alguien cansado del trabajo no le pille por sorpresa, mire agradecido por la ventanilla del coche y recupere por un instante el asombro primero. Sin saberlo, conserva ese incendio en su corazón cuando se deja caer fatigado y a oscuras en la cama, confiando en que la noche no durará para siempre.

CAVE CANEM

Desde muy pequeños, desde que el lenguaje nos crece dentro, empezamos a formar categorías, a ordenar lo indiferenciado. Para los niños de mi generación la idea de perro se manifestaba de dos maneras. Estaba el animalillo encantador de los juegos y los dibujos animados, tan parecido a nosotros, afable, fiel, sentimental. Pero también estaba el otro, el animal bronco que corría suelto por las calles, el que no movía el rabo en señal de reconocimiento, el inquietante hijo del lobo y de la lluvia.

¿Cómo podría olvidarlos?, dirigiéndose a sus asuntos por las cuestas sin asfaltar de aquel pueblo, entre el humo santo de las chimeneas, sus ladridos

como el trueno al otro lado de cancelas pintadas con minio contra las que estrellaban su corpachón. O encadenados cruelmente a una estaca, entre huesos que amarilleaban; siglos de miedo y vergüenza en los ojos de bestia apaleada. Las partidas de perros que descendían del monte, frutos desmañados de azarosos cruces y acoplamientos insolentes a pleno sol. Los grandes machos renqueantes, asmáticos, con los flancos heridos, la espuma blanca en el belfo. Sus secuaces hirsutos, descarnados, arrastrando a veces mutilaciones —aquel desgraciado con un ojo inútil, cristalizado y amarillento como un ámbar decrepito—, las pobres perras preñadas, con las tetas hinchadas, escarbando en la basura, la legua colgando, la sed incesante. Esa sensación de piedad y terror cuando tenías un mal encuentro con ellos en un cruce y el corazón te brincaba mientras —no moverse, no mirar— conténías el aliento esperando a que dejaran de gruñir y de prestarte atención.

Una vez vimos a unos cazadores matar a tiros a un braco rabioso. Saltaba ensangrentado en el aire, parecía como si nunca fuera a morir. Durante semanas visitamos el secarral donde lo enterraron, erizado de cardos espinosos, y contemplábamos fascinados el lento avance de la podredumbre. Cosas de críos.

Y ahora, cuando empiezo a percibirme como uno de esos perrazos vulnerados, cuando ya no oigo por la noche aquellos destemplados ladridos elementales, me acuerdo de ellos, de su hambre y su aterido orgullo. Viejos fantoches, expertos en mil derrotas, mis semejantes, mis hermanos. ¿Dónde fueron a parar aquellas manadas famélicas del invierno y las grandes intemperies?, ¿bajo qué luna bondadosa seguirán perseverando en sus libres correrías?

HOTELES

La sustancia siniestra de los hoteles es una construcción mítica profundamente arraigada en el imaginario colectivo. Puede que un puñado de películas hayan condicionado nuestra manera de percibirlos, pero es que hay tanto en ellos que nos recuerda la idea del infierno.

Extrañeza y repetición. El que se aloja en un hotel —especialmente si se aloja solo— está de paso en otra ciudad, separado de su mundo, del tejido de

costumbres y afectos que mantiene a raya los peligros que acechan dentro de nosotros.

Todas las habitaciones se parecen entre sí, con ligeras e inquietantes variaciones. En los casos más afortunados se intenta conjurar los plácidos goces del hogar, pero nunca con éxito. Los objetos revelan fatalmente su procedencia de compras masivas. Todo tiene esa existencia precaria del atrezo. A veces descorres una espesa cortina y descubres el espanto de un patio angosto de plomo, también está el agua de sus grifos que sabe a ceguera. Cuando alguien ocupa un decorado es porque está siendo observado.

Largos pasillos idénticos a sí mismos en cada planta. En cada uno hileras de puertas casi siempre cerradas. Detrás de ellas, aislados, hombres, mujeres, familias. Se visten, se miran al espejo, se quitan la ropa, se aman, practican abluciones, se acicalan, defecan. Cada uno de ellos arrastra al pequeño espacio que ocupa sus vicios incurables de carácter, los errores cometidos, lo ya irremediable, sus dramas domésticos y sus íntimas felicidades. A veces les llegan por paredes y cañerías evidencias deformadas de la actividad de los otros. Cada puerta lleva escrito un número.

A ciertas horas un hotel es un vasto lugar en silencio ocupado por durmientes, una colmena de sueños.

CASAS ABANDONADAS

Imágenes de gran fuerza, alojadas en las profundidades de la memoria, siguen frecuentando nuestros sueños. Siempre ha habido chiquillos jugando entre las ruinas. Una interdicción pesaba sobre ellas. La casa abandonada, el lugar donde no debes entrar y donde todo lo malo te puede pasar. Los adultos sabían que estaban llenas de recuerdos aciagos y que también las frecuentaban fugitivos, locos y monstruos.

Derrelictos que nadie reclama, los niños pueden tomar libre posesión de ellas con el goce de conquistar un espacio propio. Conocen la entrada secreta, una simple cuerda que amarra una puerta desvencijada basta como señal del apropiamiento. A veces se acondiciona una parte con un remedo muy pobre y muy tierno de decoración.

En su interior hay que andarse con cuidado, abundan los peligros. Clavos, cristales rotos, astillas, el reino del tétanos, las temidas heces en el umbral

de una puerta, arañas grandes y rápidas como no volverás a ver, la catástrofe definitiva del colchón abandonado. También descubrimientos irrisionarios. Una pequeña jaula de madera, una palangana rota, un almanaque detenido en un verano remoto, un trozo de espejo todavía adherido al papel pintado de un muro vencido. La maleza invade los interiores, borrando los límites entre el orden humano y la tenaz turbulencia de todo aquello que nos sobrevivirá.

Un aire hecho de tiempo coagulado. Cerca de las ventanas bailan partículas en suspensión que el sol hace brillar mientras suena una chicharra desde algún lugar dentro de la casa.

Allí los primeros actos de rebeldía. Al abrigo de la mirada y la censura adulta, los niños se comportan a sus anchas, celebran rituales atolondrados, fuman, se disfrazan, en ocasiones hay accesos de agresividad; también en su momento la masturbación en cuadrilla, extravagante celebración de la pujanza nueva del sexo, el esperma primero derramado sobre ceniza y cascos como en un culto arcano. Son lugares donde abundan pintadas obscenas hechas con un tizón.

Me gusta pensar que a esas casas les agrada la presencia estridente de niños, como al árbol le agradan los pájaros entre sus ramas. Su risa, sus juegos y sus bulliciosas violencias rompen el silencio e instauran de nuevo el tiempo. Como si todo pudiera volver. Su mirada transfigura esos mundos sórdidos, aboliendo el recuerdo del mal, embelleciéndolos de novedad y aventura. Como un último, delicado, misterioso tributo que la infancia rinde a la decrepitud.

VENETIA BURNEY

A miles de millones de kilómetros del lugar donde estoy escribiendo esta entrada, hay un pequeño mundo, privado hasta más allá de lo imaginable de luz y calor, describiendo una órbita extravagante en los límites del área de influencia del sol, más allá de los cuales se extiende el abismo del espacio interestelar. Durante escasas décadas, este desconocido gozó de la distinción de ser el noveno planeta de nuestro sistema solar. En el año 2006 y a la vista de humillantes revelaciones sobre su verdadero tamaño, fue degra-

dado a una condición subalterna de planeta enano. Una niña le puso el nombre por el que este impostor es conocido: Plutón.

La vida de Venetia Burney —de casada Venetia Phair, que suena no menos impresionante— transcurre sin sorpresas, tal y como cabe esperar del fruto de una familia de la élite cultural de Oxford, donde teólogos y científicos se mezclan sin aparente escándalo. El hermano de su abuelo ya sugirió en 1878 los nombres notoriamente exagerados de Phobos (miedo) y Deimos (terror) para las irrisorias lunas de Marte, inaugurando lo que parece una tradición familiar.

Falconer Madan, bibliotecario de la Bodleian Libray, uno de aquellos caballeros victorianos de desaforada actividad intelectual, leía *The Times* una mañana de marzo de 1930. En sus solventes páginas se hablaba del descubrimiento por Clyde Tombaugh de un nuevo planeta que confirmaba las predicciones de Percival Lowell décadas antes. Su nieta Venetia, de once años, así como quien no quiere la cosa, sugirió entonces ponerle el nombre de Plutón, el dios del inframundo, entre cuyas habilidades estaba la de hacerse invisible. Falconer Madan no dudó en ponerse en contacto con un astrónomo amigo, que a su vez telegrafió a sus colegas del Observatorio Lowell, a los que la propuesta agradó. De este modo el planeta X —cuya superficie había poblado Lovecraft de negras ciudades habitadas por viscosas abominaciones— pasó a tener el pegadizo nombre por el que es conocido.

No sabemos mucho más de su vida. Licenciada en matemáticas, trabajó como contable y más tarde enseñó economía en colegios de chicas al sur de Londres. Contrajo matrimonio con un profesor de lenguas clásicas que llegó a ser director del Epsom College. No hay mucho más. Uno se pregunta si una inquietante melancolía no la asaltaría al pensar en ocasiones en aquel planeta, *su* planeta, espantosamente desamparado en aquella lejanía imposible. Los dioses le concedieron una vida larga, de modo que aún vivía cuando la comunidad científica internacional decidió poner en su sitio a aquel astro menoscabado, aún más pequeño que la Luna, una mera excentricidad del sistema solar y ni siquiera la única: Eris, otro planetoide recientemente descubierto, le supera en tamaño. En unas declaraciones, la anciana nonagenaria vino a decir que aquello no le quitaba el sueño, aunque resulta difícil creer ese desapego. Todos tenemos nuestra vanidad y no tiene que ser agradable encajar semejante afrenta al cuerpo celeste al que has apadrinado, esa especie de asombrosa mascota con la que has mantenido toda tu vida un extraño vínculo.

Dado como soy a ensoñaciones triviales, más que en ese irónico desengaño final me gusta pensar en una joven e inventada Venetia Burney que solo existe en estas líneas, viviendo los azarosos años de la guerra mundial, en medio de esa fabulosa mudanza de las costumbres durante los periodos bélicos. La imagino una noche de verano, hablando en un jardín con un desconocido al que le acaban de presentar, un piloto de avión que partirá mañana al frente. Ella sostiene una copa en la mano y él escucha la historia de su infantil momento de gloria, que tantas veces habrá contado. Los contactos en tiempos de guerra son fugaces y urgentes. Veinticuatro horas después el joven piloto acabará en el fondo del Canal de la Mancha, después de que su nave se haya precipitado al mar, la carlinga en llamas. Imagino su conversación en voz baja, el brillo de sus ojos en la oscuridad y cómo hubiera sido hermoso tomar por la cintura a una chica de nombre Venetia Burney y besar esos labios que pusieron nombre a un planeta.

NEMO

A primera vista Julio Verne se nos aparece como un plácido burguesazo, dado a entusiasmos algo gimnásticos ante los avances de la ciencia, optimista, diurno, racional. Sin embargo, su vida y su obra no están exentas de zonas de sombra. Problemas digestivos y una dolorosa parálisis facial le perseguirán toda su vida, un sobrino le sale al encuentro en un camino rural, le dispara dos veces y le deja una cojera de la que no se repondrá. La relación con su hijo podríamos calificarla de conflictiva en el mejor de los casos y sus últimas obras—*Ante la bandera* o *Los 500 millones de la Begún*— profetizan algunos de los aspectos más siniestros del siglo venidero. Sí, el típico protagonista de sus libros es un hombre de acción sólido, equilibrado, vigoroso, pero el autor no puede ocultar su fascinación por las personalidades oscuras: el Robur de *Dueño del mundo*, el Capitán Hatteras recluido en una institución mental y caminando eternamente en dirección norte y, por encima de todos, el capitán Nemo.

Parece que *Veinte mil leguas de viaje submarino* inspiró a Rimbaud el alumbramiento de *Le Bateau Ivre*. Al fin y al cabo, se trata de un descenso hacia un mundo desconocido: lo que se esconde bajo la superficie del mar y lo que se esconde bajo la actividad mental consciente eran por entonces

misterios impenetrables; el material reprimido almacenado en el inconsciente decimonónico es de tal calibre que su irrupción en el siglo XX provocará millones de muertos.

Y ahí tenemos al sombrío Nemo, el hombre que nunca ríe, monarca absoluto de unos dominios lejos de las leyes de los hombres. Nemo es un maldito, un personaje de estirpe byroniana, pasado por Poe, no muy distante de aquel reclusivo Des Esseintes del *À Rebours* de Huysmans. Por supuesto que está el Nemo del credo positivista, ingeniero que ha hecho de la ciencia su religión, poseedor de una inagotable curiosidad ante los fenómenos del mundo; su Nautilus es una embarcación y una fortaleza, pero es ante todo un museo que contiene obras de arte, cientos de libros y maravillas de la naturaleza (el siglo XIX concibe la realidad como un museo). No faltan los lujos: Nemo no se priva de refinados banquetes en un comedor de lo más cuco con sus aparadores y su porcelana china y en su biblioteca encontramos unos cómodos sofás donde suponemos que el profesor Aronnax se echaría unas siestas de órdago tras fumar esos excelentes cigarros confeccionados con algas.

Hasta ahí llega lo tranquilizador. El resto no lo es tanto. Verne dota a Nemo de un pasado imperdonablemente exótico y desaforadamente trágico. Decidido a separarse para siempre del resto de la especie humana, recluta a un grupo reducido de fieles para formar un falansterio subacuático de hombres castos y silenciosos. Bajo el lema *Mobilis in mobili* sublima su desdicha en forma de sed de conocimiento y ánimo de venganza. A veces, en los momentos de íntima desesperación llora y toca el órgano. El mundo bajo las aguas le proporciona libertad ilimitada pero también es una cárcel atroz, un reino privado de luz, donde en un silencio de espanto los monstruos marinos se deslizan entre corales de sangre, tesoros de galeones españoles y ruinas de antiguas civilizaciones sumergidas bajo aguas del color de la absenta.

En un momento de genio no carente de crueldad, Verne hace aparecer al personaje en otra de sus novelas, *La isla misteriosa*. Nemo ha envejecido, uno a uno han muerto los hombres que lo acompañaban en su experimento comunal. Tras enterrar al último de ellos en su cementerio submarino, Nemo emprende un viaje sin retorno hasta quedar atrapado en las entrañas de una isla volcánica donde encuentra la paz y la redención ayudando a un grupo de naufragos americanos del ejército de la Unión. Lo que omite y merecería ser contado es ese último viaje del Nautilus: el anciano Nemo

atravesando por última vez su mundo, sin futuro posible, sin remordimientos, cumplida su misión, deambulando en una soledad inimaginable por los corredores de su nave, iluminados por los resplandores venenosos del sodio, recordando quizás la luz del sol, la lluvia empapando la tierra y el cuerpo amado de una mujer. Agarrándose a la frágil esperanza de recuperarlos.

Traducción



Ana Blandiana en junio de 2018.
Foto de Miguel Ruíz Durán.



Cinco poemas de *El ojo del grillo*^x

EN EL SUEÑO

Los grillos cantan solo en el sueño,
Los grillos de día son solo insectos,
Déjalos dormir y guárdalos, yerba,
De los días sospechosamente honestos;

Que el Señor cristalino, dueño del rocío,
De la seca y vana verdad les proteja,
Y que aquello que nunca llegarán a vivir
Al menos en sus sueños acontezca;

Deja que, en sus pesadillas, canten,
Atados a sus propias cuerdas,
Su cri-cri, ofrenda de gráciles príncipes
A la luna, y a sus soledades.

Traducción de VIORICA PATEA y NATALIA CARBAJOSA

ÎN SOMN/// Greierii cântă numai în somn,/ Greierii ziua sunt numai insecte,/ Lăsați-i să doarmă și-ascundeți-i, ierburi,/ De sinceritățile zilei, suspecte;/// De adevărul uscat și zădărnice/ Ferească-i al rouăi prea limpede domn/ Și tot ce nu reușesc să trăiască/ Întâmpăli-se în somn;/// Lăsați-i să doarmă legați de coșmare,/ Cântând ca din strune din propriile funii,/ Subțiri prinți de țipăt jertfiți ascuți/ Singurătăților lunii.

* Estos poemas pertenecen al libro *El ojo del grillo* (*Ochiul de greier*, 1981), de próxima publicación en la Editorial Visor.

DESDE ALLÍ

Desde allí, desde la hoja,
Otro me mira
Con paciencia escindida entre veranos y otoños,
En silencio,
Asombrándose solo
Ante mis ojos cerrados frente a él.

Oh, sobre mis párpados germinó la hierba,
Era verde y se secó,
Desde que no se abren
Mis pestañas están inertes,
Enmarañadas, enredadas entre sí
Desde que mis ojos me miran sin descanso,
Bajo el rayo verde en el que me baña
La mirada desde la hoja,
Como si desde el fondo de un océano siempre en calma
Sin decir nada
Me preparase solo para
Más ásperos y largos renacimientos.

DE-ACOLO/// De-acolo din frunză/ Un altul se uită la mine/ Cu o răbdare-mpărțită în veri
și în toamne,/ Fără să spună nimic,/ Mirându-se doar/ De ochii mei închiși înspre el.// O, pe
pleoapele mele a dat colț iarba,/ Și a fost verde, și s-a uscat/ De când nu s-au mai ridicat
în afară,/ Genele mi s-au înțelenit/ Încâlcite, înnodate-ntre ele,/ De când ochii mei/ Nu
mai conțin să mă vadă/ Sub raza cea verde în care mă scaldă/ Privirea din frunză/
Ca în adâncul unui ocean etern răbdător,/ Fără să spună nimic,/ Pregătindu-mă doar/
Pentru mai aspre și mai lungi învieri.

ME CANSE

Me cansé de nacer de la Idea,
Me cansé de no morir—
He elegido una hoja;
Mira, voy a nacer de ella,
A su imagen y semejanza, levemente,
La savia fresca me penetrará
Y la nervadura formará mis frágiles huesos
Y de ella aprenderé a temblar, a crecer,
Y de tanto dolor llegaré a ser brillante;
Luego me desprenderé de la rama
Como una palabra de los labios.
De este modo infantil
En el que
Se muere
Al ser hoja.

AM OBOSIT/// Am obosit să mă nasc din Idee,/ Am obosit să nu mor—/ Mi-am ales o frunză,/ Iată din ea mă voi naște,/ După chipul și asemănarea ei, ușor/ Seva răcoroasă o să mă pătrună/ Și nervurile îmi vor fi fragede moaște;/ De la ea o să învăț să tremur, să cresc,/ Și de durere să mă fac strălucitoare,/ Apoi să mă desprind de pe ram/ Ca un cuvânt de pe buze./ În felul acela copilăresc/ În care/ Se moare/ La frunze.

METAMORFOSIS

Los ángeles vistieron los ropajes de las aves
Ceñidos bajo las alas,
Las aves vistieron los ropajes de los peces
Para volar por debajo de los mares.
A las bestias les crece la hierba bajo las axilas
Y finas raíces debajo de los cascos.
Las palabras se juntan enamoradas
Para alumbrar injurias.
Como si no fuera yo
La que suplica
Ayuda,
Me tapo los oídos para no seguir escuchando
Y me pesan
Los ojos como piedras de un pobre molino,
Al crujir.
Soy
Como una semilla enterrada
Que no quiere llegar a ser
Ni planta, ni tierra.

METAMORFOZE/// Îngerii au îmbrăcat haine de păsări/ Care îi strâng pe sub aripi,/ Păsările
au îmbrăcat haine de pești/ Ca să zboare sub mări./ Fiarelor le crește iarba la subțiori/ Și
subțiri rădăcini din copite,/ Vorbele se-mperechează îndrăgostite/ Ca să nască ocări./ Ca
și cum nu eu/ Sunt cel care strig/ Ajutor,/ Îmi astup urechile să nu mai aud/ Și ochii-i întorc/
Greu, ca pe niște pietre de moară săracă,/ Scrâșnind./ Sunt/ Ca o sămânță-ngropată/
Care nu vrea să se facă/ Nici plantă, nici pământ.

BARCA

Me trenzaré una barca de hierbas y flores
Para flotar en el río como un islote de juncos,
Equidistante de las riberas,
Ajena a los peces,
Que me salven las estrellas por la noche y al alba
Me rodeen los dorados ojos hostiles.

Que no vea nada por los párpados entreabiertos,
Que un rojo oscuro me penetre
Atento solo al ritmo soñoliento de la ola,
Y que lenta mi muerte se vista de estrellas y sueños
De tardía respuesta.

Tarde, mecida por la barca de hierbas,
Que perfumes salados y verdes me cubran,
Enmarañada entre algas y serpientes,
Anochezco en el vacío del mar
Para dejar de recordar.

LUNTRE/// Să îmi fac o luntre împletită din ierburi și flori/ Și să mă las să alunec pe râu ca un
plaur,/ Egal depărtată de maluri,/ Străină de pești,/ Să mă mântuie stelele noaptea și-n
zori/ Să mă-nconjure-ai apei ochi vitregi de aur.// Să nu văd nimic prin pleoapele-nchise,/
Un roșu-ntuneric încet mă pătrundă/ Atent doar la ritmul somnatec de undă,/ Ușor
se-nsteleze și moartea-mi de vise/ Lăsa-te târziu să răspundă.// Târziu legănată de luntrea
de ierbi,/ Miresme sărate și verzi m-or cuprinde,/ Împletită în alge și șerpi,/ Asfințită-n al
mării pustiu,/ Să nu mai țin minte.

Poesía americana

POESÍA AMERICANA

una genealogía

El padre aporreaba el suelo con sus botas.
Dejaba un rastro de barro en los tablones de la
granja de un modo que quería decir
que lo hacía adrede. Tenía una barba enorme
en la que los pájaros se encontraban cómodos.
La madre apenas hablaba –salvo cuando
estaba sola... se planchaba la ropa interior–
Corría por las despensas como una
criatura natural –rondaba por
sus conservas caseras, y les ponía etiquetas
con gran esmero... los hijos de los vecinos
se reían tras su espalda de solterona,
aunque les hacía gracia cómo pronunciaba
algunos nombres de alimentos, como «membrillo».
Los dos chicos mayores leían mucho
de noche, bajo las colchas.
También hacían otras cosas, pero
de leer no se cansaban nunca.
Los dos se fueron al extranjero. Cuando el mayor murió,
garabateó un ideograma chino.
Traducido libremente, decía:
«¿Quién sabe cuándo acaba todo?»
El segundo se volvió de piedra
en el vestíbulo de una iglesia

Traducción de NATALIA CARBAJOSA

y los turistas lo miraban embobados.
El tercero tuvo una visión que decía:
Ve al oriente, joven, ve al oriente. Se fue al oriente y
también se convirtió en piedra; pero en granito, no en mármol,
los escultores están tallando varios Rushmore
en su vieja escarpadura. El cuarto se quedó en casa,
se pasó la vida escribiendo la historia de su vida.
Cuando se sintió viejo, rompió las páginas
e hizo pájaros de papel. Cuando el último de ellos
comenzó a volar, lo agarró por las
patas –lo vieron por última vez camino de los
Everglades.

AMERICAN POETRY/// *a genealogy*// The father wore boots and stomped./ He tracked mud on the floorboards of the/ Farmhouse in a way that made you know/ It was deliberate. He had a big beard/ That made birds feel comfortable./ The mother seldom spoke– except when/ Alone... She ironed her underwear–/ Darted through pantries like some/ Natural creature– Hovered over/ Her homemade preserves, and fussed about/ Attaching notes... The neighbors' children/ Made fun of her behind her spinsterly/ Back, but couldn't help liking the fanny way/ She said certain food-words, like «Quince»./ The two oldest boys read a lot/ At night, under their covers./ They did other things, too, but/ It was the reading they never got over./ Both went abroad. When the oldest died,/ He scrawled out a Chinese ideogram./ Roughly translated, it meant:/ «Who knows when anything ends?»/ The second son turned to Stone/ In the vestibule of a church/ And was properly gawked at by tourists./ The third son had a vision: he was told/ Go East, young man, go East. He went East and/ Also turned to stone– But granite, not marble,/ Sculptors are carving several Rushmores/ In his old escarpment. The fourth son stayed home,/ Spent his life writing the story of his life./ When he felt old, he tore out the pages/ And made paper birds. As the last bird/ Started to fly away, he grabbed hold of its/ Legs– When last sighted, he was headed for the/ Everglades.

MERA FANTASÍA

soneto para D. B.

Tomo prestado, dulce, el tiempo, y nada debo.
Estos días son como un oasis, con más fresco.
Contigo, se abren mis sentimientos como una puerta.
Contigo, soy más profunda, más real y *más* y
puedo ignorar ritmo y metro y rima y
dejarlos detrás de una iglesia vacía y
pasear por la ópera de verdes del jardín y
escuchar lo no dicho tocar lo no respirado y
beberlo como agua de la montaña, *después*
se abren las cortinas de terciopelo del lenguaje y
nos besamos no como madre e hijo
y el Ahora es como un oasis, con más fresco.
Es como estar enamorada, aunque mucho mejor.

SHEER FANTASY/// *a sonnet for D.B.*// I borrow sweet time and am no one's debtor/ These days are like an oasis, but wetter./ With you, my feelings disclose like a door./ With you, I am deeper, realer and *more* and/ I can ignore rhythm and meter and rhyme and/ leave them at the back of an empty church and/ walk in the garden's opera of green and/ hear the unspoken touching the breathless and/ when we hold emptiness in our cupped hands and/ drink it like water from the mountain, *then*/ the read velvet curtains of language part and/ we kiss not at all like a mother and son/ and Now is like an oasis, but wetter./ This is like being in love, but better.

LA CHICA CON ARMADURA

Cajas en cajas, muñecas dentro de muñecas,
semillas en manzanas implícitas en manzanas...

Cuando estaba embarazada, llevaba en mí
todas las respuestas a mis propias preguntas.

Así sería dar a luz cualquier cosa.

El mito apropiado tendría que ser Atenea
saliendo de la cabeza de Zeus. Pero qué extraña
cesárea, que te corten la mente en rodajas
como una manzana con el hacha de Hefesto.

Al ver a su hija ahí de pie, con armadura
y bien crecida, brillando, debió de pensar Zeus
que le habían engañado para que hiciera de madre,
y la magia de esa hacha afilada fue todo lo que al Dios
se le ocurrió para explicarse a aquella chica resplandeciente.

THE ARMORED GIRL/// Boxes in boxes, dolls within dolls,/ seeds in apples implicit with ap-
ples.../ When I was pregnant, I carried inside me/ all the answers to my own questions./ It's
like that giving birth to anything./ The proper myth would have to be Athena/ Springing
out of Zeus's head. But what a strange/ Caesarian, to have one's mind sliced open/ Like
an apple by Hephaestus' axe./ It must have seemed to Zeus when he first saw his/ Armored
daughter standing there-full-grown, gleaming,/ That he'd been tricked into being a mo-
ther,/ And magic in that whetted axe was all the God/ Could think of to explain the shining
girl.

A FINALES DEL OTOÑO

En mi hogar se podía escuchar la calefacción que subía...
La tosquedad de la caldera como el padre muerto de Hamlet
en el sótano. Se veía, indirectamente,
subir la calefacción –mi gata indecorosa sentada
sobre la rejilla, lamiéndose como
una herida. Se podía oler la calefacción –una Miss Havisham
sin lazos, deambulando. Y se probaba como
el debo-no-debo del rojo licor rancio
de una tarde traído desde una película muda
en la que la heroína es una polilla revoloteando
alrededor de la lámpara del héroe. La calefacción de mi hogar
a veces tiraba de la manga con la insistencia de un niño.
Y, aun así, si volviera a estar en mi hogar, y
la calefacción sentida volviera a estar encendida con todos los sentidos,
conociendo a mi familia, seguiríamos teniendo frío.

LATE FALL/// In my house, you could hear the heat come on.../ the furnace churlish as
Hamlet's dead father/ in the basement. You could see, indirectly,/ the heat come on– my
indecorous cat sitting/ herself on the grate, licking herself like/ a wound. You could smell
the heat– an unlaced/ Havisham, wandering by. And taste it as/ the must-not must of old
afternoon stale red/ licorice brought home from a silent movie/ where the heroine was a
moth fluttering/ around the hero's lamp. The heat in my house/ sometimes plucked one's
sleeve like a persistent child./ And still, if I was back in my house, and/ the sensible heat was
turned sensibly on,/ knowing my family, we'd all still be cold.

Puntos de vista



Vna prostituta y una monja frente al poder en Sevilla

[Susana MARTÍN GIJÓN, *La Babilonia, 1580*, Barcelona: Alfaguara, 2023]

Poquísimas ciudades en el mundo que aúnen tanto encanto, arte e historia como Sevilla. Lo comprobó Eva Díez Pérez (Sevilla, 1971), y lo descubrió el lector al conocer *Sevilla, un retrato literario* (Paréntesis, Sevilla, 2011), un libro donde pululaba una innumerable serie de escritores autóctonos, del resto de España o extranjeros que nacieron, vivieron o visitaron la capital andaluza en algún tiempo de los últimos cuatrocientos años y que dieron testimonio escrito de ello. Y es que «Sevilla es un inmenso y laberíntico mapa poético. Bajo la ciudad de charanga y pandereta o de la eternamente repetida imagen de postal se oculta una cartografía de escritores casi siempre olvidados», afirmaba la autora en el prólogo. De tal forma que «en estas calles librescas nos toparemos con poetas ultraístas, tertulias de humanistas, *soirées* de vanguardia, barrocos metafísicos, gabinetes de ilustres y escuelas literarias que a lo largo de los siglos han ido forjando el imaginario de una ciudad literaria como pocas, aunque desgraciadamente sea más conocida por un ingrato catálogo de tópicos y folclorismos superficiales».

Por medio de dieciséis «paseos», Díez Pérez, que ya había consagrado dos novelas históricas a Sevilla, nos llevaba de la mano para enseñarnos las huellas visibles e invisibles de los escritores que pisaron las distintas áreas de su ciudad: los Alcázares, Santa Cruz, Alfalfa, Sierpes, La Alameda, El Guadalquivir, Triana... La escritora se convertía en una guía cultural de lo más completa y entretenida, pues documenta el trato literario que ha reci-

bido cada zona que recorría, mezclando en sus explicaciones anécdotas, vivencias y libros de épocas lejanas o recientes con la actualidad. De tal modo que resultaba natural que, por ejemplo, en el «Paseo segundo», después de ver cómo el checo Karel Čapek (el que acuñó, en una de sus obras, el término *robot*) observaba la Giralda —«Así son las cosas en España: hay cimientos romanos, lujo árabe y razón católica»—, reconociéramos pasajes de varias *Novelas ejemplares*, pues «Cervantes conocía bien Sevilla, ya que residió durante algún tiempo, más desdichado que feliz, como cobrador de impuestos», o nos acordemos del quevedesco protagonista de *Vida del Buscón llamado Pablos* en la actual calle Alemanes.

† La ciudad de los poetas

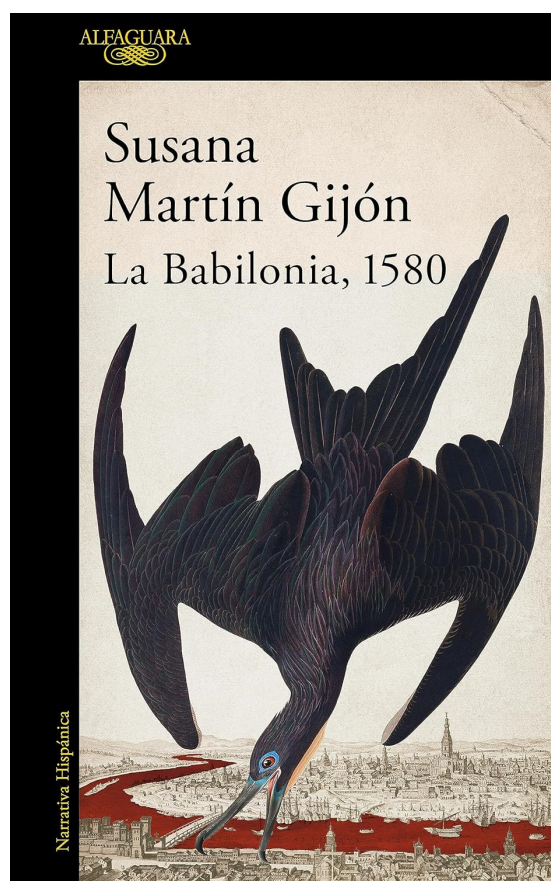
Precisamente, Fernando Iwasaki —autor peruano de apellido japonés y adopción hispalense—, en un libro también publicado por la editorial Paréntesis, *Sevilla sin mapa* (2010), señalaba la fuente de inspiración que ha supuesto el lugar para una gran cantidad de artistas foráneos: «Sevilla es una ciudad privilegiada, pues posee una historia singular y ella misma vive poseída por leyendas literarias y musicales. Sin embargo, mientras que su historia la han escrito los propios sevillanos, sus mitos han sido creados por viajeros, artistas, músicos y escritores de todo el mundo. Así, las grandes leyendas de Sevilla se fraguaron tanto en los libros de Prosper Mérimée, Théophile Gautier y Richard Ford,

como en las óperas de Verdi, Bizet, Mozart, Rossini, Beethoven y Beaumarchais».

Y en efecto, Fígaro, Carmen o Don Juan son mitos universales asociados con Sevilla, así como es frecuente relacionar la ciudad con muchos de los mejores poetas que ha dado la lengua española: Antonio Machado y Luis Cernuda, que nacieron allí, Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén, que vivieron momentos angustiosos previos a sus exilios, Federico García Lorca, que se hospedó en abril de 1935 en los Alcázares y donde leyó por vez primera «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», y Miguel Hernández, quien se escondió en el mismo sitio huyendo de los soldados franquistas en unos días, además, en los que Franco visitaba la ciudad.

Pero no solo, obviamente, Díaz Pérez destacaba a los escritores de más renombre, sino que por su libro pasaban muchos que la historia ha desatendido y que tuvieron una importancia considerable en su momento. Es el caso de Joaquín Romero Murube, muy vinculado con las generaciones del 27 y del 36 por su actividad cultural y su cargo de alcaide conservador del Alcázar —paseaba con Paul Morand, «un habitual viajero en Sevilla», y André Gide, quien «aprendió a seguir sus sentimientos en Sevilla, una ciudad sensual que le ayudó a comprender su homosexualidad»—, o de José Marchena, «más conocido como el Abate Marchena, uno de los personajes más fascinantes de la historia española del XIX [...], uno de los pocos españoles que participó de forma activa en la Revolución Francesa». Asimismo, habría que citar muy especialmente a Rafael Laffón, autor de *Sevilla del buen recuerdo* (1973), «un libro de nostalgias, de lugares olvidados de la ciudad que

son, en realidad, la infancia perdida del poeta [...], guía emocional de una Sevilla definitivamente perdida», la de inicios del siglo XX, «los que quizá atisbaron algo de lo que alguna fue la ciudad».



† Tópicos y prejuicios

Porque la mirada de Díaz Pérez era cariñosa, pero no complaciente a secas, y también ponía el dedo en la llaga en la forma en que Sevilla no ha sabido atarse a su pasado artísticamente glorioso: «Aún espera la estatua de Cernuda su lugar en la ciudad, un proyecto retrasado una y otra vez mientras los monumentos a sus toreros surgen como hongos. En el cementerio de Sevilla tampoco están sus mejores poetas, sino los exagerados mausoleos de sus toreros. Curiosa relación la de Sevilla con sus

hijos más ilustres, con los que la hicieron de verdad inmortal».

Porque inmortal es el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, que nació en la calle Redes en 1547 y recreó en su obra «la vida canalla de la ciudad»; o el fragmento de uno de los mejores observadores externos de la ciudad, Benito Pérez Galdós, que en *Fortunata y Jacinta* describe a la «romántica y alegre ciudad» a la que acude en viaje de novios la pareja protagonista. Lord Byron, Jean Cocteau, Washington Irving, Rubén Darío, Marguerite Yourcenar... La lista de escritores fascinados por Sevilla es inacabable. Thomas Mann la visitó en mayo de 1923: «Recordaré siempre el día de la Ascensión en Sevilla, con la misa en la Catedral, la magnífica música de órgano y la corrida de fiesta por la tarde», y Théophile Gautier dijo de ella, tras alojarse en la calle Sierpes en 1840: «Es una ciudad grande, difusa, moderna, alegre, riente, animada (...). El ayer no le preocupa, el mañana menos todavía; ella es solo presente».

Este presente atrae tanto al turismo más convencional como a los viajeros más exigentes desde el punto de vista cultural. Ciertamente, los típicos prejuicios aún asolan la ciudad, una «descripción costumbrista de Sevilla, plana, tópica, sin matices, repetida y ya cansina», decía Díaz Pérez; pero en las calles y plazas, en los monumentos y arquitecturas, en los libros escritos en ella y sobre ella, también hay una Sevilla, para quien quiera buscarla y habitarla, que habla de la mejor literatura de todos los tiempos.

† Siglo de Oro hispalense

A toda esta tradición literario-sevillana se acaba de sumar Susana Martín Gijón.

Nacida en Sevilla, en 1981, ha sido galardonada por su trayectoria literaria con el Premio Avuelapluma de las Letras, así como con el Premio Cordoblack por su contribución a la renovación del género negro, el Premio Cubelles Noir a mejor novela publicada en castellano y el Premio Granada Noir. Hace unos meses ha aparecido, por cierto, la *Trilogía Camino Vargas* (Debolsillo, 2023), que reúne *Progenie*, *Especie* y *Planeta*, las tres novelas de intrigas y asesinatos dedicadas a la inspectora Camino Vargas y ambientadas en una Sevilla que sufre una ola de calor.

Martín Gijón, en *La Babilonia, 1580* (Alfaguara, 2023), ha buscado ese ambiente hispalense en pleno Siglo de Oro, comenzando con una nota previa, de mucha gracia metaliteraria, a modo de explicación sobre lo que un buen día encontró, y sumándose así al tópico del manuscrito hallado. En su caso, de pura casualidad, en el Colegio de Gramáticos de Cuerva, Toledo, fundado por la familia Lasso de la Vega en 1623 para formar a jóvenes eclesiásticos, la escritora da con un manuscrito del siglo XVIII que reproduce uno del XVI, ambientado en «la época dorada de mi ciudad natal». Así, el sujeto narrativo de la obra, trasunto de la propia autora, *versiona* ese viejo texto, lo que da como resultado una novela que es a la vez de misterio y de tinte histórico y que firma, en Lisboa, «una señora de Toledo» en una nota previa fechada en 1603.

Triana, Puente de Barcas, Castillo de la Inquisición, Puerto de Indias, Convento de las Carmelitas Descalzas, la Catedral, la Torre del Oro, más la Mancebía La Babilonia y El Arenal. Estos son los lugares señalados en una vista panorámica de Sevilla, grabada a buril, obra del artista holandés Rombout van den Hoeye y que

hoy se muestra en el Museo de Bellas Artes sevillano. Tal fisionomía urbana sirve a Martín Gijón para dar arranque a una novela que, entre sus epígrafes, tiene uno muy particular de la pieza teatral de Lope de Vega *El Arenal de Sevilla*: «Forastero: ¿Esto hay en el Arenal?/ ¡Oh, gran máquina Sevilla!/ Alvarado: ¿Esto solo os maravilla?/ Forastero: ¡Es a Babilonia igual!/ Alvarado: Pues aguardad una flota/ y veréis toda esta arena/ de carros de plata llena,/ que imaginarlo alborota».

Este barrio del casco antiguo de la ciudad concentraba buena parte de la actividad portuaria de la ciudad, y por extensión con lo típicamente relacionado con un ambiente de trasiego, visitantes y negocios, esto es, toda suerte de pícaros, corruptelas y prostitución. Concretamente, en el área llamada Compás de La Laguna

era donde estaba el burdel más famoso de Sevilla, con un muro en la Mancebía del Cabildo que la frenética actividad de ramerías y rufianes hizo inútil. Martín Gijón, en lo que es hasta la fecha su esfuerzo literario más ambicioso, parte de este lugar de vicio para contrastarlo con el trasfondo tan intensamente religioso de Sevilla, y de esta forma, junto a personajes inventados, aparecen otros como santa Teresa de Jesús o su discípula María Salazar de Torres, nombre conventual María de San José, carmelita descalza, mística y escritora que está detrás de esa alusión lisboeta a la que hacíamos mención antes.

✠ *Mujeres resilientes*

Asimismo, destaca otra figura real, la del jesuita Pedro de León, preocupado por reducir, desde la Compañía, el número de mujeres públicas que llenaban el corazón de Sevilla, y responsable de una suerte de asedio a La Babilonia y una iniciativa consistente en adoctrinar y predicar a las prostitutas, a menudo con prácticas muy intimidantes hacia los clientes que acudían a ese establecimiento, para él un verdadero «pecadero» o «matadero de sus almas». Y justamente, la novela da inicio así, con la irrupción de este religioso en el antro, hostigando a la clientela, lo cual hace que las más jóvenes –hay desde las que tienen doce años, edad oficial para ejercer el oficio– huyan a esconderse y las más veteranas permanezcan donde están, de tan habituadas como están a ese tipo de apariciones de Pedro de León. Ello pone en acción a una de las trabajadoras, Damiana, personaje cuyo contrapeso será sor Catalina, que vive en clausura a pocos metros de allí, en el convento de las carmelitas descalzas.



Susana MARTÍN GIJÓN. Foto de Emilio Morales.

Semejante contraste entre estas dos mujeres, que fueron amigas en la infancia, se intensifica a medida que la trama de intriga que presenta Martín Gijón se va desarrollando, consistente en intentar averiguar la verdad sobre un escalofriante asesinato, que extenderá vínculos con un secreto de la Corona. El caso es que, en el puerto, en un buque de guerra llamado *Soberbia*, que encabeza un convoy que va a dirigirse al Nuevo Mundo y que está a punto de zarpar, se halla muerta a una muchacha pelirroja; mejor dicho, aparece la «cabellera y el pellejo, desollada como una gallina para el guiso», de una chica que trabajaba en La Babilonia, como le dice un personaje a Damiana, que acude presa de la desesperación a donde se ha cometido el crimen.

«Se habría arrancado los ojos antes que presenciar la escena que tiene delante», se lee muy al comienzo, dejando enseguida la

impronta del misterio novelesco en la tradición, tan propia de la novela negra actual, de presentar un homicidio en el que el psicópata de turno se ha ensañado con la víctima: «Los cabellos, pringosos por la sangre seca, bailan con el viento». Asimismo, el hecho de que surja una antigua talla de madera, guardada por Damiana y por su vieja amiga, será la clave para que se desencadenen diversos misterios que Martín Gijón va desarrollando con habilidad narrativa y detrás de lo cual se oculta la Inquisición española. Pero, sobre todo, estamos ante una novela que enfatiza el poder de resistencia y la voluntad de cuestionar el poder imperante por parte de diferentes mujeres, desde el clero y desde la sociedad civil, que acaba configurando un fresco histórico palpitante, con otro contraste: la Sevilla de los privilegiados, repleta de intereses crematísticos, y la de los meros supervivientes del día a día.

ARTURO TENDERO

Yayoi Kusama

[*Yayoi Kusama: desde 1945 hasta hoy*, Guggenheim Bilbao, del 27-06-2023 al 08-10-2023]

Últimamente te lo explican todo, hasta las exposiciones de arte, hasta la música. Vas a un concierto y te lo explican. Vas a ver cuadros abstractos, y te los explican. Te los explican tanto que, al final, el arte es sobre todo el arte de contarlo. Los humanos nos consideramos seres racionales y necesitamos entender lo que vemos para saber si nos gusta. Pero a la vez, aunque no queramos reconocerlo, somos seres emocionales. La emoción manda. Cuando yo miro algo sé si me gusta o no me gusta antes de saber por qué. Por eso, siempre que puedo, intento rebelarme contra esa

moda de las explicaciones. Me acuerdo mucho de *El Aleph*, de Borges, en el que un poeta intenta explicarle su poema a otro personaje y el otro concluye que si un poema necesita explicación no puede ser bueno. Déjame a mí que lo lea, y que saque mis propias conclusiones, que ya veremos luego si escucho las tuyas. Guiado por esta rebeldía contra los rollos patateros, he visitado la exposición de Yayoi Kusama en el Guggenheim de Bilbao. Ya el edificio de Frank O. Gehry ejerce sobre mí un efecto diabólico. Cada vez que lo visito, salgo con un ligero vértigo, como si



Cubierta del catálogo de la exposición.

hubiera estado navegando en velero. Encima vamos la tarde de un sábado y está

lleno de gente. Hay momentos en los que tienes que ganar la posición, casi forcejeando, como en los deportes de equipo, para ver una determinada obra desde la perspectiva y a la distancia que te apetece. Eso no le viene mal a Kusama, que es una artista muy de ambientes, que organizó performances con gente desnuda en Nueva York, que contempla el mundo en gránulos y se ve a sí misma en gránulos. Me encantan esos cuadros grandes suyos donde imprime perspectiva a los gránulos, y esa sala llena hasta arriba de cuadros de colores vivos donde te sientes como en un viaje lisérgico. Me encanta no llegar a ver qué dicen las cartelas ni las explicaciones. Yayoi Kusama tiene 94 años y lleva medio siglo pintando sin parar en el hospital donde vive. Lo pidió ella misma. Alegó que tenía problemas siquiquátricos. Yo creo que se cansó de dar explicaciones.

LUIS FELIPE COMENDADOR

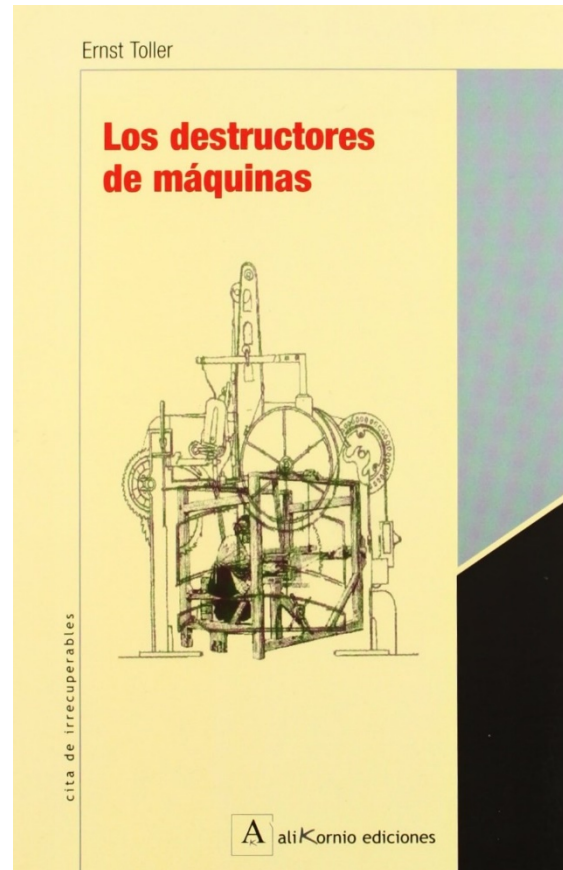
Ernst Toller: otro cero a la izquierda de la izquierda

[Ernst Toller, *La destrucción de las máquinas*, Barcelona: Alikornio, 2010]

Acabo de leer *Los destructores de máquinas*, un texto de Ernst Toller en el que desde su expresionismo se plasman las revueltas de los tejedores contra la introducción de los nuevos telares a principios del siglo XIX, la lucha terrible entre las máquinas y la mano de obra humana. Las tremendas contradicciones de la clase obrera enfrentada a las nuevas tecnologías, sus condiciones de vida y las reivindicaciones sociales y laborales. Y Toller se apunta en este libro al carro del hombre, enfrentando al intelectual de izquierdas con el revolucionario pragmático, y se

pregunta quién sopesa mejor la razón y quién puede restañar o abrir heridas en la burguesía explotadora. Y no es la máquina el mal con todo lo que conlleva de espasmo social, sino el uso pernicioso que le da su propietario. A este libro accedí por mi curiosidad sobre los escritores suicidas, pues Toller lo fue, suicidándose en el Hotel Mayflower de Nueva York en el año 1939. Apasionante su vida, su militancia expresionista, su postura política y su paso por aquella España en guerra cruel entre hermanos. De su texto pueden sacarse conclusiones válidas para hoy y un

magnífico solucionario para el estado de las cosas a esta fecha... Pero era un triste, otro, un cero a la izquierda de la izquierda con una clarividencia tal que prefirió la muerte antes que saber más de la miseria humana. Mi homenaje a Ernst Toller y mi rabia contra los editores que se olvidan de escritores y textos tan necesarios como el que hoy pongo de ejemplo. Está bien ganar pasta con las tonterías de moda, con las cosas cervantinas y con los nuevos narradores (?) de dieciocho tacos, pero algo de inversión en literatura sólida y con ideas de altura no estaría mal.



CARLOS GÁMEZ PÉREZ

Parar en Collserola: una crónica del segundo festival Liternatura

[*Liternatura. Festival de Literatura de Natura*, Biblioteca Josep Miracle, Collserola, del 30 de septiembre al 1 de octubre de 2023]

La primera vez que llegas al núcleo urbano de Vallvidrera piensas que no es posible que un paraje así esté a apenas unas paradas de metro y un empalme de funicular del centro de Barcelona. Pero la cosa no es tanto cuando ya has aterrizado por allí varias veces, y has abandonado la ciudad catorce años atrás, y vives en uno de los pueblos que conforman la difusa franja donde termina el Gironés y empieza el Empordà, si es que existen las fronteras, si es que en verdad comienza algo y acaba otra cosa, y no está todo conformado por

un continuo de territorios sin límites que solo el mar acota y tu mente nunca acaba de recorrer. Sin embargo, la visita da de sí lo suficiente para que pienses que quizá aquí sí podrías vivir, ahora que te confunde la urbe que se contempla a tus pies. Así te ha ido. En tu paletismo rural de nuevo cuño te has hecho un lío con el número de paradas del funicular. Has bajado en Carretera de les Aigües, convencido de que Google Maps había indicado eso, y de que resultaba imposible que buena parte del pasaje que ocupaba el cubículo del

transporte fuera también a asistir al acto al que tú te dirigías. Y por eso has tenido que hacer el último tramo del recorrido a pie, montaña arriba, a través de la Sierra de Collserola, por el alcor que te ha de llevar al pueblo, no fuera a ser que llegaras aún más tarde por tu error.



En el camino no hay mucha vegetación. En cuanto se abandonan las retamas y los pinos de la Carretera de les Aigües, no hay jaras ni carrascos, ni todas esas especies que se describen cuando se transita lo rural, sino escalones que suben hasta el núcleo urbano. Y tampoco puedes hacer una lista de los nombres de los pájaros que oyes trinar, el mirlo, la golondrina, porque las casas que te encuentras en tu camino los han ahuyentado. Pero pronto alcanzas el teso en el que se erige la calle central de Vallvidrera, con sus bares y sus espacios de aparcamiento, un bulvar en plena sierra. Y piensas que ese asfalto que lo recorre no es más que una máscara que ha pretendido por décadas tapar ese recorrido sin límite, como el maquillaje pretende borrar la experiencia de la vida que delatan las arrugas del rostro, y por el que no paran de circular los coches.

Pronto te adentras en una calleja y en unos minutos llegas hasta el lugar que acoge el acto. No es otro que la segunda edición de *Liternatura*, el festival sobre literatura de la naturaleza que comisaría el escritor Gabi Martínez (Barcelona, 1971), que con *Un cambio de verdad* (Seix Barral, 2020) y ahora con *Delta* (Seix Barral i Ara Llibres, 2023) se ha convertido en un pionero de la escritura sobre la naturaleza en castellano.

Efectivamente, una buena parte de tus compañeros de viaje en el funicular se dirigen aquí, porque cuando Martínez inaugura el festival junto a Núria Flò, la directora de la biblioteca donde se celebra el acto –Collserola-Josep Miracle–, apenas quedan sillas libres bajo los tendales que resguardan del sol en el pequeño parque frente al edificio de la biblioteca. Y sentarse en las pocas que no lo están resulta un ejercicio de suicidio ante el calor que está cayendo aunque sea el último día de septiembre.

Para entonces, ya has recorrido los alrededores, y no por equivocación esta vez sino por curiosidad. Has visitado la biblioteca, que te impresiona como lo hizo Vallvidrera el primer día, por sus distintas plantas, que se adaptan al descenso que hace ahí la montaña. Y por la biblioteca especializada en naturaleza que alberga, considerada una de las cinco mejores del mundo en su género. Y por la otra biblioteca, la que almacena semillas, simientes de especies autóctonas que los usuarios pueden tomar en préstamo, para retornar después con el grano producido en sus cultivos. Ahí encuentras a Javier Aparicio junto a Tina Vallès y a sus acompañantes en el que ha sido el primero de los eventos: un recorrido musicado por *Palomar*, la obra de Italo Calvino, el escritor protago-

nista de esta edición. Pero ya se despedían. Y has tenido que desplazarte hasta los toldos. Allí, además del escenario, una serie de negocios exponían sus productos. Temías que se tratara de ese tipo de tiendas que blanquean sus ventas con una sostenibilidad bien pensante de esas que aplacan conciencias. Pero se trata de una selección más adecuada. Chiringuitos de comida de productores locales y libreros de batalla como el de Espai 31 de Cardeu, o A peu de página, la parada de la librería de Sarrià del mismo nombre donde has comprado *Una temporada en Tinker Creek*, el libro de no ficción que recuperaba el espíritu de Thoreau para la literatura norteamericana en 1975, y que te faltaba de entre los libros salvajes de Errata Naturae.

El librero ha tomado fotos del puesto y ha corroborado tu impresión. Yo estaría caminando por estas laderas, ha dicho señalando las montañas de Collserola. Pero si no publicas parece que no existas, ha añadido, refiriéndose a las imágenes que pronto iba a subir a sus redes sociales. Después lo ha completado. Sería tan bueno hacer un Walden. Parar para tomar un respiro. Que lo hiciéramos todos. Pero no nos dejan, ha dicho. Y tú te has admirado de la sensatez del hombre mientras te guardabas tu ejemplar, te dirigías a tu asiento y dejabas para después los talleres, la zona de lectura al aire libre y los columpios, con la vista de la bajada de la sierra, y el Photocall para retratarte en este marco, porque ya empieza la charla de Santiago Beruete con la periodista Pilar Sampietro.

Beruete es un experto en jardines. Ha publicado una trilogía que conforman dos ensayos (*Jardinosofía* [2016], *Verdolatría* [2018]) y un libro de relatos: *Un trozo de*

tierra (2022). Habla de cultivos, de su experiencia como docente, y de jardines, el patito feo del conocimiento, y se hace las preguntas que todos nos hacemos. Pero las verbaliza de una forma diferente, con un léxico a veces inventado, fruto de su gran conocimiento de la historia de la lengua. Y explica cómo pasó de enseñar filosofía a educar a través de los jardines. Y de aquel alumno del que no llegaba a entender su comportamiento, hasta que su madre le dijo has de dejar que te sorprenda, como quien dice has de parar y esperar. Y así lo hizo. Y no se sabe muy bien cómo ese muchacho es ahora guía de naturaleza en el Pirineo. Y al oír eso, notas como si una especie de pausa encapotara el cielo despejado, el cielo raso, que cubre los tendales que cubren nuestras cabezas. Y te dan ganas de leer sus libros. Pero después piensas que en tu pueblo no hay jardines —no al menos públicos—. Y que tendrías que parar, que no debe ser bueno estar todo el día insertando nuevos títulos a tu interminable lista de obras por leer.

Para cuando dejas de pensar, ya ha empezado el parlamento de Josep Sucarrats, el director de la revista *Arrels*, una publicación mensual que pretende reivindicar la literatura de la naturaleza desde el periodismo narrativo, que se ha adentrado en los escenarios de la Cataluña rural, y que pretende implicación con los agentes sociales del territorio. La charla es de interés, como lo serán las preguntas. Y como lo será por la tarde la mesa redonda «Ciudad Jardín», que sucederá a los versos de Carmen Berasategui, y a la conversación entre la escritora Ryoko Sekiguchi y el poeta y crítico Manel Ollé, y donde se cumplirán los vaticinios de Gabi Martínez, esos que afirman que los gestores apantallan a los creadores. Y después, la

larga lista de participantes del día siguiente: la muestra fotográfica de Jorge Franganillo. La conversación de Marta San Miguel y Paula Bruna con Jordi Nopca. O la de Violaine Bérot con Lluïcia Ramis. Sin embargo, tú ya habrás parado. Habrás retomado tu camino a la inversa. Sin fijarte esta vez ni en las retamas ni en los pinos, porque en tu retorno, cuando te encuentres con la larga cola de automóviles que se esconden en los garajes de las torres que se desperdigan por la montaña y surgen de la nada, y sus conductores se en-

cuentren con los coches en doble fila, con los coches aparcando, con los coches haciendo maniobra frente a la Biblioteca Collserola-Josep Miracle, y empiece la sinfonía de pitos y motores en marcha que te acompañará en tu trayecto hasta el teso sobre el que corre la calle central, el bulvar del Vallvidrera, comprenderás que ni aquí podrías vivir, que esta zona no para, como el resto de la ciudad, como tampoco para de expandirse el asfalto que esconde las arrugas de la tierra que pisas.

Colaboradores del número 1

Nadie querría vivir sin amigos, aun estando en posesión de todos los otros bienes

Aristóteles, Ética a Nicómaco

Ana Blandiana (Timișoara, 1942) ha publicado más de treinta libros de poesía, ensayo, relatos fantásticos y novelas y ha sido traducida a más de veinte idiomas. Al español han sido vertidos *Proyectos de pasado*, *Las cuatro estaciones*, *Mi patria A4*, *El sol del más allá / El reflujo de los sentidos*, *Octubre, noviembre, diciembre*, *Variaciones sobre 411 un tema dado*, *Primera persona del plural / El talón vulnerable* y *Un arcángel manchado de hollín*; y al catalán, *La meva pàtria A4*. Fue una destacada activista por la democracia contra la dictadura de Ceaușescu. Entre otras distinciones, es caballero de la Legión de Honor francesa y doctora *honoris causa* por la Universidad de Salamanca. Es candidata al Premio Nobel. ≈ **José Ángel Barruco** (Zamora, 1972), es licenciado en Ciencias de la Información y crítico de literatura y cine. Ha publicado novela (*Recuerdos de un cine de barrio*, *Vivir y morir en Lavapiés*, *Angustia*), teatro (*Vengo de matar a un hombre*), microrrelatos (*El hilo de la ficción*), reflexión breve (*Miniaturas*) y poesía (*Los viajeros de la noche*, *El amor en los sanatorios*). ≈ **Natalia Carbajosa** (Puerto de Santa María, 1970) es profesora del área de Lenguas Modernas de la Universidad Politécnica de Cartagena. Es autora de varios poemarios; los últimos son *La vida extraña* y *Lugar*. Ha publicado también relatos, literatura infantil y juvenil y ensayos como *Shakespeare y el lenguaje de la comedia* y *Female Beatness: Mujeres, género y poesía de la generación Beat*. Ha traducido, entre otros, a Adrienne Rich, Ana Blandiana y T. S. Eliot. ≈ **Lyn Coffin** (Nueva York, 1943) es autora de libros de poesía, prosa y teatro y traductora de poesía. Ha sido además de receptora de varios premios literarios, editora de revistas y profesora de escritura creativa. Entre sus poemarios más recientes se encuentran *This Green Life* y *The Artwork on the Backs of Gargoyles*; su última novela es *The Aftermath*. ≈ **Luis Felipe Comendador** (Béjar, 1957) es poeta y artista gráfico. Ha publicado más de veinte poemarios (como *Sesión continua*, *Travelling*, *El amante discreto* de Lauren Bacall o *El gato sólo quería a Harry*), además de novelas, aforismos y ensayos. Dirigió *Los Cuadernos del Sornabique* y LF Ediciones. ≈ **Luis Alberto de Cuenca** (Madrid, 1950) es investigador del Centro Superior de Investigaciones Científicas y miembro de la Real Academia de la Historia. Fue director de la Biblioteca Nacional (1996-2000) y secretario de estado de Cultura (2000-2004). Entre sus numerosos poemarios se encuentran *El hacha y la rosa*, *Cuaderno de vacaciones* o *El secreto del mago*. Ha reunido sus ensayos en varios volúmenes, como *El héroe y sus máscaras* o *La rama de oro*. Recibió, entre otros, el Premio de la Crítica de Poesía, el Premio Nacional de Poesía y el Premio Nacional de Traducción. Ha traducido, entre otros, a Homero, Eurípides, Virgilio, Chrétien de Troyes, Ramon Llull, Geoffrey de Monmouth, William Shakespeare, Gérard de Nerval, Alfred Tennyson y Constantino Cavafis. ≈ **Rafael-José Díaz** (Tenerife, 1971) es profesor de Secundaria, escritor y traductor. Es autor de doce libros de poemas, el último de los cuales se titula *La montaña de barro*. Ha publicado también colecciones de relatos, dos novelas y varias entregas de su diario. Como traductor, se ha especializado en autores suizos francófonos como Philippe Jaccottet. ≈ **Teresa Domingo Català** (Tarragona, 1967) es autora de varios libros de poemas (como *Destrucciones* o *La fosa de cobre*) y de teatro; cultiva también la novela y el relato corto. En microteatro, su obra *La monarquía catalana* se estrenó el año 2016 en Barcelona. ≈ **Tomás Modesto Galán** (Santo Domingo, 1951) es poeta, narrador y ensayista. Ha sido profesor de español en varias universidades norteamericanas. Es autor de poemarios como *Cenizas del viento*, *Diario de caverna*, *Amor en bicicleta y otros poemas* y *Odisea vital*, y de la antología poética *Góngora en motoconcho*, así como de dos novelas. ≈ **Moisés Galindo** (Súria, Barcelona, 1963) ha firmado varios poemarios, como *Aral*, *Naturalezas muertas* o *Zonas de exclusión*. Practica la crítica literaria en diversas publicaciones y, en ese terreno, ha publicado *Radicales libres*. ≈ **Carlos Gámez Pérez** (Barcelona, 1969) es profesor y escritor. Ha publicado el libro de relatos *Artefactos* (premio Cafè Món), la novela *Malas noticias desde la isla* y el ensayo sobre ciencia y literatura española *Las ciencias y las letras*. ≈ **Concha García** (La Rambla, Córdoba, 1956) es Premio Jaime Gil de Biedma por su obra *Ayer y calles* y Premio Barcarola por *Ya nada es riño*. Acaba de publicar la antología *El triunfo de lo caduco*. ≈ **Antonio Gómez Ribelles** (Valencia, 1962) es fundamentalmente artista plástico, y también poeta: autor de *El libro de las ciudades*, *Quiromante, un libro de imágenes* y *Las lagartijas guardan los teatros*. ≈ **José Luis Gómez Toré** (Madrid, 1973) es poeta y ensayista. Ha publicado, entre otros, los poemarios *He heredado la noche* (accésit del Premio Adonáis), *Hotel Europa*, *El territorio blanco* y, junto con la artista Marta Azparren, *Clarooscuro del bosque*. Acaba de aparecer, en su traducción, la antología de poemas de Bertolt Brecht *No pudimos ser amables*. ≈ **Carmelo Guillén Acosta** (Sevilla, 1955) dirige la colección Adonáis de poesía desde 2003. Sus últimos poemarios publicados son *Las redenciones* y *En estado de gracia*. ≈ **Santiago Alfonso López Navia** (Madrid, 1961) compagina la creación literaria con la enseñanza universitaria, la investigación filológica (preferentemente centrada en el cervantismo y la retórica) y la labor editorial. Es autor de catorce poemarios y un libro de relatos. Sus últimas publicaciones son *Tregua*, *Hespérides* y 25-33 (premio Emilio Alarcos). ≈ **Julio Marinas** (Zamora, 1964) es autor de varios poemarios, como *Poesía incompleta* (1994-2013), *Aquascente* o *Búsqueda de natura*. ≈ **Regino Mateo** (Santander, 1965) es poeta, músico y gestor cultural. Es autor de, entre otros, *Noticia de un pequeño reino afortunado*, *La mirada caliza* y 33 instantáneas. ≈ **Eduardo Moga** (Barcelona, 1962) es autor de varias decenas de libros de diversos géneros; entre los últimos se hallan *Tú no morirás* y *Hombre solo* (poesía), *La ciudad encontrada* y *Expón, que algo queda* (ensayo), *Cernuda en Glasgow: un desencuentro poéticamente fecundo* y *Lector que rumia* (crítica literaria), *Streets Where to Walk Is to Embark*. *Spanish Poets in London (1811-2018)* y *Dieciséis de Brighton* (antologías críticas). Entre otros galardones, recibió el Premio Adonáis. Codirigió DVD y dirigió la Editorial Regional de Extremadura. Ha traducido a Ramon Llull, Arthur Rimbaud, William Faulkner, Charles Bukowski y Walt Whitman, entre otros. En breve verá la luz su poesía completa. ≈ **Toni Montesinos** (Barcelona, 1972) es crítico literario del periódico *La Razón* desde el 2000, redactor jefe de la revista *Qué Leer* y colaborador de *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El Viajero* (de *El País*) y *Cultura/s* (de *La Vanguardia*). Ha publicado más de cincuenta libros de diversos géneros. ≈ **Elías Moro** (Madrid, 1959) reside en Mérida y ha publicado poemarios –los últimos son *Hay un rastro* y *De nómadas y guerreros*–, narrativa –como *Hasta que la muerte nos separe* o *Mirar atrás*–, el dietario *El juego de la taba*, la miscelánea *Manga por hombro* y los volúmenes de aforismos *Algo que perder*, *Morerías* y *Lo inseguro*. ≈ **Javier Pérez Wallas** (Plasencia, 1960) ha sido profesor de Lengua Castellana y Literatura durante más de tres décadas. Ha publicado una docena de títulos de poesía (entre los últimos, *Largueza del instante*, *W e Insecto ámbur*). Parte de su obra ha sido recogida por Eduardo Moga en *Otrora. Antología poética 1988-2014*. También es crítico literario. ≈ **Salvador Perpiñá** (Granada, 1963) es guionista de televisión y narrador. Ha publicado tres volúmenes de relatos: *Prácticas de tiro*, *Contradiós* y *Koniec*. ≈ **Alfredo Rodríguez** (Pamplona, 1969) ha publicado ocho libros de poemas (los últimos, *Alquimia ha de ser* y *Hierofanías*) y un diario (*Días del indomable*), cuatro libros de conversaciones con José María Álvarez, y varias antologías críticas de Álvarez, Miguel Ángel Velasco, Julio Martínez Mesanza y Antonio Colinas. ≈ **César Rodríguez de Sepúlveda** (Madrid, 1968) es profesor de Literatura y autor de tres libros de poesía: *Luz del instante*, *Noticia del asedio* y *Oscuro vuelo*. Está en imprenta el cuarto, que se titulará *Pájaro en la luz*. ≈ **Arturo Tendaro** (Albacete, 1961) es crítico, ensayista y poeta; sus últimos poemarios son *Alguien queda*, *El otro ser* y *El principio del vuelo*.

Este primer número de *Gesto* se terminó de editar en Las Rozas de Madrid el 22 de diciembre de 2023, y se imprimió en Rivas Vaciamadrid en los talleres de PubliPrint24. Se utilizó papel estucado mate de 115 gr. para el interior y cartulina gráfica de 250 gramos para la cubierta.

FINIS



OPVS